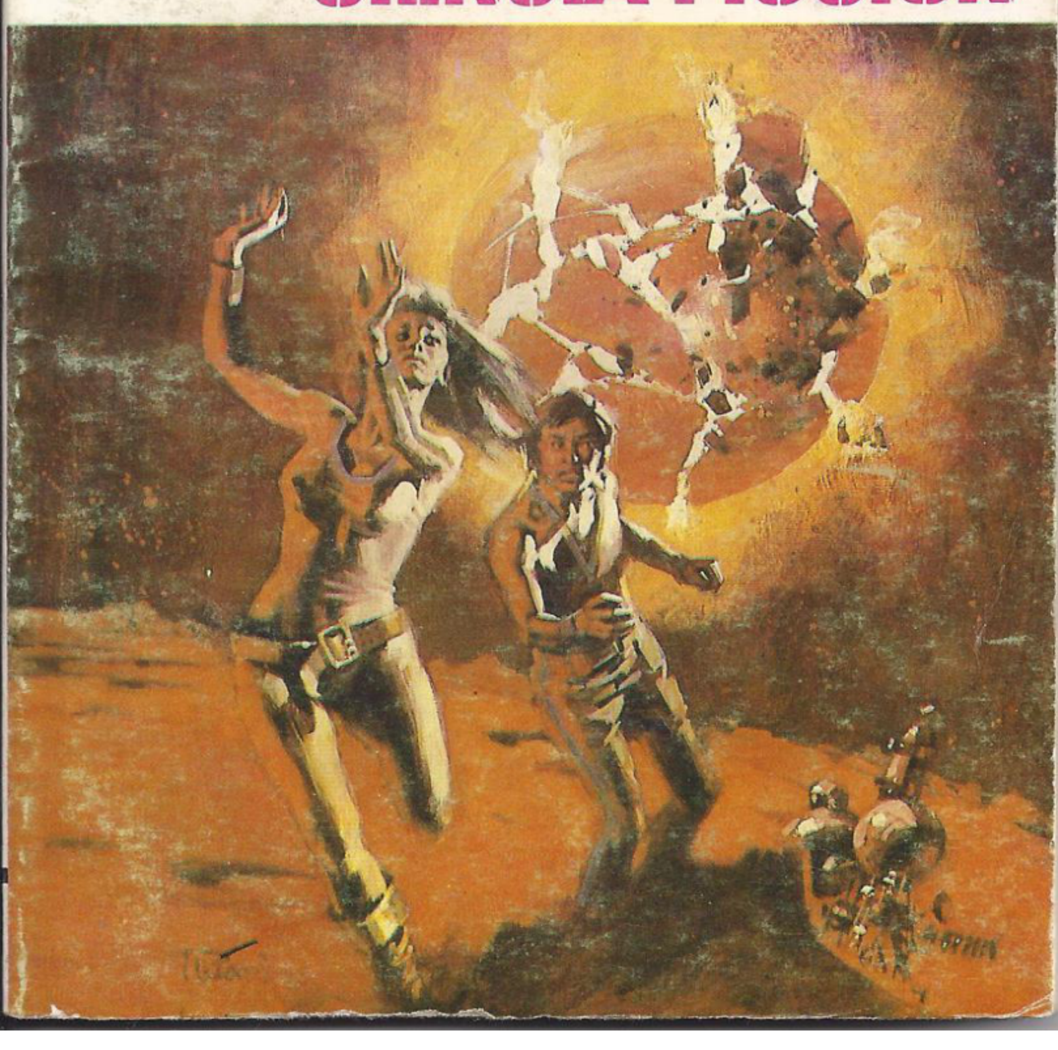
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
CONQUISTA ESPACIO

# MUNDOS EN LLAMAS

Clark Carrados

CIENCIA FICCION




La conquista del
ESPACIO

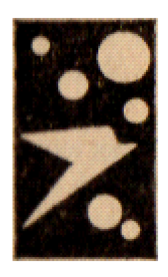
## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

720 – Robots en el pantano, *Ralph Barby*.
721 – Viaje a las profundidades, *Kelltom McIntire*.
722 – Creador de materia, *Curtis Garland*.
723 – Xai, sacerdotisa de Graa-Alzac, *Kelltom McIntire*.
724 – El planeta tenebroso, *Ralph Barby*.

# CLARK CAKRADOS

# MUNDOS EN LLAMAS

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 725
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0
Depósito legal: B. 33.382 - 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: noviembre, 1984
1ª edición en América: mayo, 1985

**© Clark Carrados - 1984**
texto

**© Pujolar - 1984**
cubierta

Concedidos derechos exclusivos *a* favor de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1984

# CAPITULO PRIMERO

En el mapa estelar de la gran pantalla que ocupaba por completo casi un extenso lienzo de la inmensa sala de conferencias, se veían cuatro brillantes puntos blancos. Dos más aparecían en color amarillo y un séptimo refulgía con luz verde.

Un puntero, que se movía en la misma pantalla, según se hada funcionar el cuadro de mandos, señaló el primer punto blanco.

—Haddow —dijo Eshner Brank, jefe del servicio de inteligencia—. Destruido el día 22 de marzo del año 2644.

El punto blanco chispeó agudamente, se puso de color rojo y luego desapareció.

Kyffer Sthall no pestañeó siquiera. Brank citó otro planeta: Khiner. Sucedió lo mismo que en la anterior demostración. La fecha: un año, siete meses y doce días después.

El tercer planeta destruido se llamaba Rassdyll-3. El cuarto habla sido Ngowl-1. Brank prosiguió:

—Según todos los indicios, Ehn-5 y Mahawaratai seguirán la misma suerte, con un intervalo aproximado de un año y medio, mes arriba, mes abajo. Y después, le llegará el turno a Neapouk.

—¿Nosotros, señor? —preguntó Sthall, sorprendido.

—En efecto. Las destrucciones comenzaron, como he dicho, el año 2644. Teniendo en cuenta que el intervalo entre cada ataque es de año y medio, Neapouk será destruido en una fecha comprendida entre finales del 2651 y principios del 2652. Es una fecha todavía lejana, pero no podemos perder tiempo, si queremos sobrevivir.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo Sthall—. ¿Cuál ha sido el procedimiento empleado para la destrucción de esos planetas?

—La palabra destrucción es sólo una metáfora —respondió Brank —. En realidad esos planetas siguen siendo perfectamente habitables, aunque ha desaparecido de ellos todo signo de vida inteligente y gran parte de la vida animal y vegetal. Pero tanto los animales como las plantas supervivientes, al no existir elementos nocivos que lo impidan, podrán reproducirse sin problemas y poblar el planeta nuevamente. Algún día los autores de ese genocidio enviarán colonos, lo que significará que esos planetas, más los que están en vías de destrucción y el nuestro, pasarán un día a formar parte de la VII Confederación Galáctica. A propósito: Confederación es también otra metáfora. La verdad es que ese sistema estelar está dominado por un solo planeta, Berghwin, el cual, a su vez, está dominado por los Nueve Hipercónsules, con las fuerzas que obedecen ciegamente sus dictados.

Brank hizo una ligera pausa para tomar un ligero sorbo de agua, y

prosiguió:

—En cuanto al método utilizado para la aniquilación resulta en gran parte desconocido, pero altamente efectivo. Aún no se sabe cómo lo hicieron, pero la atmósfera de cada planeta fue contaminada por un gas que absorbió momentáneamente el oxígeno tan necesario para la vida. El gas, lanzado mediante proyectiles que estallaron en la estratosfera, se propagó con indescriptible rapidez. En menos de una hora el oxigeno se agotó y otra hora fue suficiente para que todos los seres que necesitan oxígeno perecieran. Luego, la misma composición del gas contaminante actuó en sentido contrario: esto es, liberó de nuevo el oxígeno.

—Pero cientos de millones de personas hablan muerto.

—Posiblemente quedaron algunos supervivientes, a quienes el ataque sorprendió en lugares con reserva de aire, pero es una minoría ínfima. En el siguiente ataque, los efectos duraron mucho más y... Bien, lo único que le puedo decir es que no se conoce la contraarma —concluyó Brank amargamente.

—Usted debe de referirse a otro gas que anule los efectos del contaminante —supuso Sthall.

—Sí, desde luego. Es un arma diabólica, creada por químicos sin escrúpulos al servicio de los Hipercónsules, y no hay forma humana de evitar sus efectos. Por tanto, tenemos que buscar otra clase de contraarma.

—¿Cuál señor?

Brank se volvió hacia su interlocutor. Estaban solos en la vasta sala de conferencias. Brank era un hombre de unos cincuenta años, bajo, membrudo, con cabellos como cerdas de puerco espín, ojos de granito y mandíbula de perro de cresa. Su figura delicada parecía la de un astro del ballet, pero era una apariencia engañosa: podía doblar una herradura con las manos. Y no era tonto.

—Usted —respondió Brank, después de una pausa que había durado casi medio minuto.

Sthall sonrió levemente.

—¿Información, señor?

—Infiltración —corrigió el jefe de Inteligencia.

—Me imagino que ya lo ha intentado alguna vez y sin éxito —dijo Sthall.

—Acierta, muchacho. Tres veces y tres pensiones de viudedad. Usted, sin embargo, está soltero.

—Pero puedo dejar una pensión a algún familiar —sonrió el joven.

—Claro. No obstante, creo que triunfaremos en esta ocasión.

Brank apretó un botón y, en otra pantalla situada junto a la anterior, apareció el rostro de un hombre que aparentaba edad semejante a la de Sthall.

—Fíjese bien en ese individuo, Kyffer —indicó Brank—, Y escúcheme, porque voy a exponerle el plan de infiltración.

Miró a su alrededor, descubrió un enorme diván y agitó la mano.

—Será mejor que nos sentemos para hablar con toda comodidad.

*

Brank sirvió sendas copas de vino. Luego dijo:

—Existen dos factores que pueden alterar favorablemente la actual situación, no sólo para nosotros, sino también para otros mundos que un día puedan ser atacados, debido a la insaciable codicia de los Hipercónsules. El primer factor es el sistema de claves, por medio del cual se comunican las distintas flotas espaciales de Berghwin. Las astronaves van cargadas de los proyectiles químicos que destruyen transitoriamente el oxígeno, aunque también están armadas con proyectiles corrientes, para posibles encuentros con naves enemigas. En el vacio no hay gas, y por tanto, los proyectiles citados en primer lugar resultan inútiles. El segundo factor a que aludía antes, concierne a los mismos Hipercónsules. Preferiría someterles a juicio en algún tribunal estelar, pero es imposible. Han causado cientos de millones de víctimas, y por eso ellos, a su vez, deben convertirse en víctimas y morir.

—¿He de matarlos uno a uno, señor? —sonrió Sthall

—No. Cuando le sea posible, pero no sin antes haber conseguido las claves, volverá a la fortaleza, palacio donde residen y de la cual no salen jamás.

—Necesitaré ayuda, señor.

—La tendrá. Cuando empiece a actuar, usted será el hombre que está en pantalla, el capitán Venno Rutte, ayudante personal de la almirante Ermyne Dagglishtone, comandante de la Segunda Flota.

—Una mujer —respingó Sthall.

Brank tenía en las manos un aparato de control remoto y proyectó en la segunda pantalla la figura de una hermosa joven de largos cabellos dorados, ojos de cielo y silueta escultural.

—Ahí la tiene usted: almirante, joven, hermosa, inteligente, valiente y dispuesta a todo, con tal de alcanzar puestos más elevados.

—Parece un ángel, pero ha enviado a la muerte millones de personas —rezongó Sthall furiosamente.

—No. Ermyne no ha tenido todavía ocasión de actuar en batallas Pero lo hará, sin duda, en la próxima ocasión. Hasta ahora no ha efectuado sino servicios de patrulla lejana y entrenamiento de tripulaciones. No tardará en mandar una autentica flota de combate.

Bien, señor, pero, ¿qué relación hay entre la almirante y ayudante?

—En Darah tenemos un agente, el dueño de un puesto comercial muy importante. Los Hipercónsules han respetado siempre a Darah, precisamente porque ellos también pueden aportar ciertos artículos que no se encuentran en Berghwin. Lo normal, en todas las civilizaciones, ha sido respetar siembre los puestos comerciales. A todos los bandos en lucha les convenía y Darah no es la excepción, ya que, además, todo el planeta, un planetoide más bien, es prácticamente un hipermercado donde puede comprarse de todo. Incluso —Brank le guiñó un ojo al joven— esclavas jóvenes y hermosas que calienten el lecho en las frías noches de invierno. O esclavos, según las preferencias, claro.

—Sí, con dinero todo se puede. ¿Cómo se llama e comerciante?

—Carwo Nahr. Estamos aguardando su comunicación Aproximadamente, una vez cada seis meses, la Segunda Flota queda orbitando en las inmediaciones de Darah. Las tripulaciones desembarcan por turnos, para divertirse y gastar sus soldadas. Rutte suele frecuentar el establecimiento de Nahr Es más, tiene allí una habitación permanente, en donde se recluye algunos días con una mujer. Ese será el momento de la sustitución, Kyffer.

—Perdón, señor, pero Rutte y yo no nos parecemos en nada —objetó el joven.

—Tienen la misma complexión física, la misma estatura y el mismo peso. Y aquí disponemos de verdaderos artistas de la cirugía plástica.

Sthall se acarició el rostro.

—Me van a cambiar el rostro —adivinó.

Brank señaló una pila de cartuchos de reproducción que había en una mesita cercana.

—El historial de Rutte, hasta en los menores detalles. Se lo estudiará usted en hipnopedia, mientras dura el posoperatorio. Cuando llegue a Darah, sabrá tanto como Rutte.

—¿Y después?

Brank sonrió maliciosamente.

—Rutte es ayudante de la almirante, pero no tiene acceso a las claves. Conquístela, consiga las claves y tendremos ganada la mitad de la partida.

—Luego, naturalmente —argulló Kyffer—, habrá que emprenderla con los Nueve Hipercónsules.

—Con los Nueve Hiperasesinos, estaría mejor dicho —exclamó Brank con rabia mal contenida.

—Estoy de acuerdo con usted, señor. ¿Cómo viajaré a Darah?

—Traslación instantánea. Usted irá allí y Rutte, para mayor seguridad, vendrá aquí, aunque no por su voluntad. Claro. Pero deje esta parte de la operación en manos de Nahr. El se ocupará de

enviarnos a Rutte, a quien guardaremos a buen recaudo, hasta el final de la campaña; entre tanto obtendremos de él la información que se nos haya podido pasar por alto.

—En resumen, es la campaña de un hombre solo contra en imperio de un poder prácticamente ilimitado —opinó Sthall

Brank meneó la cabeza.

—Si usted fracasa, la derrota será inevitable —respondió.

# CAPITULO II

Se contempló al espejo con una mueca de enojo, porque no le satisfacían sus nuevas facciones. Rutte era demasiado guapo de cara, para su gusto, pero había aceptado la misión y no se podía echar atrás en el último momento.

En fin, cuando todo haya acabado, me devolverán mi apariencia normal... o me tacharán de cierta lista —se dijo.

Había transcurrido ya un mes y ahora, después de la inactividad del posoperatorio, realizaba ejercicios físicos todos los días, durante varias horas, a fin de recobrar la buena forma física. Se alojaba en el edificio del Servicio de Inteligencia, situado en un lugar discreto, rodeado de un extenso parque, en el que solía realizar largas caminatas, al paso, y corriendo, entre otros ejercicios. Llevaba aquel día treinta minutos de footing, cuando de pronto, un hombre, en la puerta posterior del edificio, le hizo un gesto con la mano.

Sthall se acercó a paso gimnástico. Brank le miró fijamente.

—Baño, masaje y ropas puestas —dijo.

Sthall adivinó lo que sucedía.

—Ha llegado el momento —sonrió.

Brank señaló con el pulgar a sus espaldas.

—No pierda tiempo —apremió.

—Sí, señor.

Una hora más tarde, Sthall se hallaba en el interior de la cámara de traslación instantánea, que le enviaría velozmente a través de cientos de millones de kilómetros. Al cerrarse la puerta transparente, vio a Brank que le hacía un amistoso gesto de despedida.

Sthall correspondió con otro análogo. Luego, todo lo que tenía ante sus ojos desapareció.

Creyó que transcurría una eternidad antes de que recuperara la visión. Entonces, divisó a un hombre de mediana edad, casi calvo, situado frente a la cámara receptora.

El hombre abrió la puerta.

—Bien venido, Kyffer Sthall —sonrió.

—Carwo Nahr, supongo —dijo el joven.

Dos manos se estrecharon con fuerza.

—Es usted el auténtico doble de Rutte —comentó el comerciante —. Nadie notará la diferencia.

—¿Ni siquiera la almirante?

—En algunos aspectos, es verdaderamente ingenua. Por otra parte, Rutte es un tanto reservado. No suele hablar mucho de su vida pasada. Ella, naturalmente tiene su hoja de servicios, pero ésta se

refiere sólo a sus actividades militares, con algunos antecedentes personales rutinarios.

—Comprendo. ¿Dónde está Rutte?

El pulgar de Nahr señaló al techo de la estancia.

—Arriba, con mi hermana —respondió.

Sthall levantó las cejas.

—¿Cómo?

—Mi hermana lo sabe todo. Rutte había llamado a una amiga suya, pero mi hermana lo ha convencido para que tome unas copas con ella.

—¿Y después?

—El vino tiene un poderoso narcótico. Rutte se despertara en Berghwin.

Sthall paseó la vista por la estancia, de enormes dimensiones, en la que se veían infinidad de bultos y cajas de todas clases y tamaños. Nahr adivinó sus pensamientos.

—Este es uno de mis almacenes —declaró—. Aquí recibo las mercancías que son susceptibles de traslación instantánea.

—Por ejemplo seres humanos —sonrió Sthall.

—Usted no es el primero.

De pronto, la puerta se abrió en uno de los extremos. Una hermosa mujer apareció en el umbral y agitó la mano.

—Listo, Carwo —anunció. Miró a Kyffer y respingó ligeramente—. Una clonación perfecta —añadió.

—No han duplicado a Rutte, señora —advirtió Sthall—. Simplemente, me cambiaron de cara.

—El resultado es idéntico y eso es lo que importa. Carwo, ayúdame a bajar al capitán.

Sthall adelantó un paso.

—Permítanme, por favor.

Ella le guió hasta el piso superior, en donde había una lujosa suite. En la cama, profundamente dormido, había un hombre.

—Cámbiese de ropas. No se olvide la documentación —indicó la mujer.

—Sí, señora.

—Llámeme Linna, simplemente.

El cambio se realizó en pocos minutos. Luego Sthall cargó en brazos al durmiente y lo bajó al almacén.

Rutte desapareció casi en un instante. Luego, Nahr se volvió hacia el recién llegado.

—Suba arriba —indicó.

—Está bien.

Sthall echó a andar. Cuando ya cruzaba el umbral, oyó una voz de mujer en la puerta opuesta.

—Hola, mercader. ¿Dónde está mi amigo?

Linna se detuvo ante la recién llegada y la contempló desdeñosamente.

—Pierdes el tiempo —advirtió—. Venno pasará la noche conmigo.

—¿Cómo? El me llamó...

—Se equivocó. ¿Quieres marcharte?

La otra se mordió los labios. Al fin, encogiéndose de hombros, dio media vuelta.

—Otra vez que llame a su tía —se despidió, furiosa.

Sthall llegó al piso superior. Linna apareció a los pocos momentos.

—Espero que esa zorra no se haya dado cuenta —comentó, mientras, sentándose en el tocador, empezaba a soltarse la larga cabellera negra.

—¿Puede suponer un contratiempo? —preguntó el joven.

—No lo creo. Pero tampoco me gusta demasiado.

—Se puede comprar su silencio...

—Sería peor. Por otra parte, Rutte tiene fama de inconstante. Lo mejor será que lo olvidemos.

—Muy bien, como usted diga.

—Ah, y acostúmbrese a partir de ahora a su nuevo nombre, Venno Rutte. No lo olvide.

—De acuerdo. Oiga, y ya que Rutte pensaba pasar la noche con usted, yo podría sustituirlo a todos los efectos.

—Ni lo sueñe —cortó Linna fríamente—. Soy una mujer casada y amo a mi esposo.

Sthall dio un respingo.

—No me lo había imaginado...

—Yo colaboro con mi hermano en su negocio. Mañana diré a mi marido que el trabajo en intendencia nos ocupó demasiado tiempo y tuve que quedarme a dormir aquí. ¿Lo entiende ahora?

—Siento haberme propasado, señora —se disculpó él.

De pronto, Linna se volvió en la silla y le miró fijamente.

—Procure conquistar a la almirante; es lo mejor que puede hacer —indicó.

—Lo intentaré —repuso Sthall.

—Es un témpano de hielo —advirtió ella—. Muchos lo intentaron, pero todos fracasaron.

—Alguno tiene que ser el primero, ¿no? —rió Kyffer.

—En todo caso, usted sería el segundo —dijo Linna enigmáticamente.

Aquella noche, Sthall tardó en dormirse. No dejaba de pensar en la misión que le habían confiado, y cada vez se sentía más pesimista hacia su resultado final.

Por otra parte, constituía también un reto personal y decidió

aceptarlo hasta las últimas consecuencias.

*

La enorme astronave insignia de la Segunda Flota estaba posada en un descampado situado a cierta distancia de la capital de Darah. Sthall llegó por la mañana y el centinela exterior le saludó respetuosamente, a lo que correspondió con el gesto negligente que el auténtico capitán Venno Rutte habría hecho.

El oficial de guardia acudió a recibirle.

—Vaya a ver inmediatamente a la almirante —dijo— Le aguarda, señor.

—Bien, teniente.

Gracias al aprendizaje realizado durante el sueño de hipnopedia, Sthall conocía a la perfección el interior de una astronave de Berghwin. Sin la menor vacilación, subió a la cubierta inmediata y caminó hasta la cámara de la almirante, llamó a la puerta. Ermyne Dagglishtone dio su permiso y él cruzó el umbral.

—Señora... —saludó, respetuosamente.

Ella estaba ligeramente inclinada sobre una mesa, en la que había extendida una carta estelar. Ermyne vestía sencillamente, una túnica corta de color azul muy claro, sujeta al hombro izquierdo por el broche con la insignia de su grado militar. El hombro derecho quedaba al descubierto.

La túnica llegaba a ras de las caderas. Debajo unos pantalones negros, cortos, hasta medio muslo, con franja dorada vertical en los costados. El calzado era de medio tacón, unas sandalias cómodas y sujetas por cintas.

—Ha disfrutado de su noche de asueto, capitán?

—No lo he pasado mal, señora.

—Alguien lo ha pasado mucho peor, capitán —insinuó Ermyne.

—No sé quién, señora. Yo no he hecho mal a nadie...

—Me refiero a la sargento de intendencia, Diura Mirrel. Estaba citada con usted, pero sucedió algo que la dejó con un palmo de narices.

Sthall se quedó helado. Así que aquella supuesta chica ligera de cascos era una tripulante de la misma nave —se dijo.

—Lo siento —trató de excusarse—. Ocurrió algo inesperado...

—Ya. La hermana de Nahr le pareció más guapa, ¿no es cierto?

Sthall procuró adoptar un tono indiferente.

—Las cosas, a veces, no salen como uno quisiera —respondió.

—Al marido de Linna no le gustará saber que usted le ha puesto los cuernos, capitán.

—¿Se lo dirá usted, señora? —preguntó Sthall audazmente.

—Capitán, sus devaneos amorosos me importan un rábano, lo único que quiero es que cumpla su trabajo, eso es todo.

El joven se puso rígido.

—Sí, señora, pero si me permite una observación...

—Hágala —accedió Ermyne.

—Quizá, si encontrase aquí lo que tengo que buscar en otra parte...

Ella se enderezó y le miró fijamente. Luego dio unos pasos y se detuvo delante de Kyffer.

—Firmes, capitán —ordenó.

Sthall se atiesó más todavía. Entonces, Ermyne le asestó terrible bofetada.

—No vuelva a repetir una cosa semejante, capitán, o le degradaré y le enviaré al pelotón de higiene. Antiguamente, se les llamaba barrenderos, ¿comprende?

—Sí, señora.

—Está bien, ya ha sido suficiente castigo. No comprendo —refunfuñó Ermyne—, cómo hay hombres que sólo piensan en la satisfacción de sus más bajos instintos, cuando hay otras cosas más nobles en que emplear el cuerpo y el espíritu. Pero, me imagino, eso es algo que usted no entiende ni entenderá jamás. Y ahora, vamos al trabajo, capitán.

—Sí, señora.

—Acérquese —ordenó Ermyne.

Sthall se situó junto a la mesa. Ella señaló un punto situado en la carta estelar.

—Nhuggin —indicó—. Es un planetoide escasamente podado, unos cuatro mil habitantes. Muy rico en materias primas, con abundante vegetación y situado en una posición estratégica. Se nos ha asignado la misión de fijarles impuestos y establecer una guarnición que se encargará de su protección.

—No está mal. Nadie debe permanecer fuera del imperio —ponderó Sthall orgullosamente.

—Los primeros sondeos indican que la gente de Nhuggin se muestra reacia a la protección y a pagar impuestos. Viajaremos hasta allí y conferenciaremos con Ryd Bahal'hi, su jefe, para intentar convencerle de que debe aceptar nuestra propuesta.

Sthall se quedó atónito. Conocía bien a Bahal'hi, y era la primera noticia que tenia acerca de su jefatura de un planetoide. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—¿Y si se resiste, señora? —quiso saber.

Ermyne emitió una sonrisa que no parecía propia de su rostro angelical.

—Tengo carta blanca para actuar como mejor me parezca, en el

caso de una negativa a nuestras demandas —respondió—. ¿Quiere disponer todo para zarpar inmediatamente, capitán?

Sthall se llevó una mano a la sien.

—Si señora —contestó.

*

Llevaban varios días de viaje y, de repente, se cruzó con un rostro conocido, aunque sólo lo había visto una vez.

—Hola, guapa —saludó con una ancha sonrisa.

La sargento Diura Mirrel pasó por su lado sin mirarle, con la barbilla levantada, pero él la detuvo por un brazo.

—No tanta prisa, muñeca. ¿Qué te pasa? ¿Estás enojada conmigo?

—¿Debo arrojarme a tu cuello, lanzando chillidos de satisfacción? ¿No estaría mejor escupirle a la cara?

—Nena, comprendo tu enojo, pero creo que cambiarías de actitud si supieras la verdad. Me acusas y es justo, pero también sería justo permitir que me defendiera.

Diura empezó a ablandarse.

—Ahora no tengo tiempo —manifestó con voz ligeramente vacilante.

—¿A la noche, en tu cámara?

—Tendrás que darme explicaciones muy satisfactorias y creíbles, Venno.

—Las tendrás —aseguró él.

Ambos continuaron sus respectivos caminos. Un poco más Sthall se encontró con el segundo rostro conocido, aunque como en el caso de Diura, jamás lo había visto antes personalmente.

Era el coronel Arbitton, del Servicio de Seguridad Interior, y uno de los hombres más eficaces, aunque también actuaba aparentemente como simple supervisor de armamento y pertrechos. Sthall le saludó respetuosamente; Arbitton devolvió el saludo con menor cortesía y eso fue todo.

«Sera preciso que tenga cuidado con él», se dijo.

El Servicio de Inteligencia estaba a cargo del general Foskell, un hombre astuto como pocos, desconocedor del significado de la palabra piedad y con tantos escrúpulos como una fiera hambrienta.

A la noche, cuando ya sólo quedaban en pie los servicios de guardia correspondientes, llamó a la puerta de cierta cámara. Diura abrió en seguida.

Sthall sonrió. Ella tenía el pelo suelto y vestía un largo peinador blanco, bajo el que se transparentaba un cuerpo de abundantes encantos.

—Gracias por permitir exponer mi defensa —dijo.

Diura se echó a un lado.

—Habíamos quedado de acuerdo en pasar la noche en casa del mercader.

—La hermana de Nahr se había encaprichado de mí. Lo creas o no, cuando me viste, ya había ingerido el narcótico.

—¿Un narcótico?

—Sí. Esa gente conoce pócimas de todas clases. Ella me dio no sé qué diablos, que no hace perder el conocimiento, pero anula por completo la voluntad. En las dosis adecuadas, claro. Y se pasó en la dosis, y a los cinco minutos de estar en su habitación, me quedé dormido como un tronco.

Diura le miró recelosamente.

—Me gustaría comprobarlo —advirtió.

Sthall se acercó y le bajó el peinador hasta el nacimiento de los senos.

—Hay una forma muy práctica e infalible de efectuar esa comprobación —respondió.

# CAPITULO III

Diura se sentó en el lecho, sofocada, con el cabello alborotado y casi sin respiración.

—Caramba, Venno, te has portado como un hombre primitivo. ¡Qué fiera!

—Échale la culpa a la hermana de Nahr —rió él.

—¿Por qué? —se extrañó ella.

—Como pasé la noche durmiendo, no hice el menor... gasto de energías.

Ella se echó a reír.

—Tienes razón, cariño. Oye, hay algo que siempre me he preguntado. No te molestará mi curiosidad, supongo.

—No, claro. Pregunta todo lo que quieras.

—Dime, ¿tú y la almirante... nunca...? ¿Eh? ¿Me entiendes?

Sthall hizo un fingido gesto de desagrado.

—Te diré una cosa: es un témpano de hielo.

—Eso significa que has intentado algo.

—Ni se me ocurriría. Pero tampoco se necesita ser un lince para saber qué clase de mujeres. A veces parece un robot... pero no precisamente un robot erótico.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Diura, intrigada.

—Hace muchísimos, cientos de años, se inventaron las muñecas hinchables, imagínate para qué. Pero no daban respuesta afectiva. Más adelante, cuando se consiguieron mayores progresos en robótica, alguien tuvo la idea de construir robots eróticos, de ambos sexos, claro. Actuaban enteramente como seres humanos, pero siempre bajo las órdenes y los deseos de sus sueños.

Diura hizo una mueca de desagrado.

—No me gustaría tener un robot erótico masculino. Donde esté lo natural... —dijo con sorna.

— Algunos, y algunas también, piensan de otro modo. Pero nos estamos desviando de la cuestión.

—Ah, sí, dijiste que la almirante parece un robot. Sigue, por favor.

—Bueno, un robot, en ocasiones. En otras, resulta insoportablemente orgullosa, absolutamente distante. Y ¿qué hace un capitán ayudante en casos como éste? «Capitán, sírvame un café. Capitán, llame a fulano. Capitán, tráigame aquel lápiz. » En suma, soy su criado y no me falta ya más que prepararle el baño y frotarle la espalda.

—Cosa que harías con mucho gusto, ¿verdad? —rió maliciosamente Diura.

—Se me helaría la mano —comentó él, simulando desdén— El ayudante de un almirante está para mucho más que para servir tazas de café o llevar papeles de un lado para otro. Hace años, tuve el mismo destino con otro almirante y él me encargaba, incluso, del libro de claves y del descifrado de los mensajes. Ella se lo hace todo en este aspecto.

Diura se quedó pensativa unos instantes.

—La verdad es que es demasiado suspicaz en todo. Pero, es que te gustaría a ti encargarte del libro de claves?

—No mucho, pero al menos, si llegase un mensaje para ejecutar una misión, sabría si es una orden que procede del Hiperconsulado o un capricho suyo. Nadie, a bordo, sabe nada jamás sobre este particular. Ella lo dice, se cumple y basta.

—Bueno, pero yo no puedo hacer nada por ti en ese sentido.

—Ni te lo pediría siquiera —se apresuró él a contestar—. Eran sólo comentarios que te hago a ti sola, porque me ha anunciado una misión que vamos a realizar muy pronto y me gustaría saber si procede de una orden superior o es una invención suya.

—¿Invención suya? ¿Y por qué iba a inventarse ella una misión?

—Para hacer méritos, claro. ¿O es que no sabe, que sólo es almirante sub Dos? Todavía le queda el grado de almirante sub-Uno antes de ascender a contraalmirante. Si la cosa le sale bien, suponiendo que es iniciativa suya, conseguiría un ascenso y ya sólo le quedarían tres escalones para llegar a ser verdaderamente una almirante, sin «vice» ni «contra» antes.

—Es posible que tengas razón —convino Diura pensativa mente—. Oye, si te parece sondearé a la gente por ahí a ver qué piensan del asunto...

—Más me gustaría ver el registro de mensajes cifrados, pero ya sé que eso es tan imposible como vivir en el vacío sideral sin escafandra. En fin, dejémonos de utopías y con centrémonos en algo que nos toca mucho más de cerca.

—¿Qué es, Venno?

Sthall sonrió a la vez que la atraía hacia sí Diura quedó encima de él y le mordisqueó en la oreja.

—¿Esto es lo que nos toca mucho más de cerca? —preguntó, ardorosamente.

Sthall se sentía satisfecho. Había sembrado una semilla muy pequeña, indudablemente, pero que podía dar, con un poco de suerte, frutos esplendorosos.

Más tarde, se durmieron estrechamente unidos, pero, cuando había pasado un tiempo que ninguno de los dos supo precisar en los primeros momentos, se produjo una sorda explosión que hizo vibrar el inmenso navío espacial de la proa a la popa.

*

Los timbres de alarma se dispararon en el acto. Los mamparos automáticos funcionaron instantánea y perfectamente. Los equipos de socorro y de reparaciones empezaron a actuar sin pérdida de tiempo.

Sthall saltó de la cama y empezó a vestirse.

—Algo ha ocurrido —sugirió, sin mirar a la alarmada Diura—. Una perforación del casco, por supuesto.

—¿Un meteorito? —apuntó ella, vistiéndose también.

—Pudiera ser.

Pero Kyffer no estaba seguro de que la perforación en el casco de la nave se debiese al impacto de un meteorito. Podía ser cierto, pero un oscuro presentimiento le decía que la explosión se debía a causas extrañas que no tenían que ver es cuerpos que orbitaban libremente en el espacio.

Segundos después, corría hacia el lugar donde se había suscitado la explosión. Al llegar allí, vio una compuerta cerrada y varios hombres junto a la misma.

— No se puede pasar, capitán —advirtió uno de los tripulantes.

— ¿Qué ha sucedido? —preguntó Sthall.

El hombre señaló una lucerna próxima.

— Mire por ahí, señor.

Sthall se acercó a la lucerna. Los cuerpos de tres o cuatro hombres, algunos de ellos horriblemente desgarrados, flotaban inmóviles en el espacio, siguiendo el rumbo de la nave y todavía mantenidos en sus inmediaciones a causa de la fuerza de atracción del aparato.

—Horrible, horrible —murmuró—. Pero ese mamparo comunica con la sección donde se aloja la almirante...

—Y al alojamiento de usted también, señor —declaró el tripulante —. Ya hay fuera varios equipos de socorro, tratando de taponar el agujero. Cuando lo hayan conseguido, se establecerá la presión normal y podrá pasar usted al otro lado.

Kyffer se acercó a un micrófono colgado de la pared.

—AI menos, voy a llamarla a ella para ver si está bien...

—Es inútil, capitán. La explosión ha seccionado las líneas de comunicaciones.

Sthall se vio constreñido a esperar, comiéndose las uñas de impaciencia. Al fin, alguien, a través de los sistemas de altoparlantes, anunció que la avería estaba reparada satisfactoriamente.

La compuerta se abrió. Kyffer se precipitó al otro lado. Cuando llegaba a la cámara de Ermyne, la vio aparecer en el umbral.

—Estoy perfectamente, capitán —manifestó ella serenamente.

—Lo celebro infinito, señora. Me sentía terriblemente

preocupado…

—Todas las puertas de las cámaras de este sector actúan automáticamente para mantener la estanqueidad, cuando se produce una repentina baja de presión.

—Pero han muerto algunos hombres, señora.

—Pertenecían a la ronda de guardia. La explosión les sor prendió en el corredor. Una de las puertas saltó y el aire escapó por allí, al ser perforado el casco, arrastrándolos al espacio, antes de que funcionasen las compuertas del sector.

—Habrá sido un meteorito de ciertas dimensiones…

—No ha sido un meteorito, capitán.

Sthall miró hacia la puerta que había saltado fuera de sus goznes, debido a la violencia de la explosión en el casco.

—Era la de mi cámara —exclamó aturdidamente.

—En efecto. Lo siento, capitán; tendrá que buscar otro alojamiento. Preséntese mañana a primera hora; tenemos que discutir los últimos detalles de la operación Nhuggin.

Kyffer se puso rígido.

—Sí, señora —contestó. «Esta mujer, ¿es de hielo o es un robot?», se preguntó.

Pero había algo que le preocupaba más por el momento.

Puesto que le explosión se había producido en su cámara, ¿quién había intentado asesinarle?

*

—Hay un saboteador a bordo —declaró Ermyne a la mañana siguiente—. Con toda seguridad, es un agente de Neapouk, infiltrado en la tripulación. Salió fuera, colocó el explosivo en el casco y regresó, habiendo dispuesto el mecanismo de ignición para determinada hora.

—Un agente de Neapouk… —repitió Sthall, sorprendido y sin fingirlo, precisamente—, ¿Por qué de ese planeta, señora?

—Lo siento, no puedo darle más detalles por ahora, capitán.

—Discúlpeme, por favor.

Ermyne hizo una leve inclinación de cabeza. «Ahora me preguntará por qué diablos quería matarme ese agente», pensó Sthall.

—El saboteador se equivocó y puso el dispositivo a la puerta de su cámara, capitán. De haberlo colocado en el lugar apropiado, usted y yo no estaríamos hablando ahora.

—¿Querían asesinarla a usted? —exclamó él, horrorizado.

—Un comandante de tropas es siempre un importante objetivo para nuestros enemigos —declaró Ermyne—. Su muerte no representaría gran cosa en el conjunto de las operaciones, pero sí

sería un éxito psicológico de cierta importancia. Lo comprende ahora, capitán?

—Sí señora, desde luego.

Sthall se sentía desconcertado. Realmente ¿habían querido matar a Ermyne o era a él a quien buscaban?

—Pero no se preocupe; el oficial de Seguridad Interior dará con el culpable —añadió ella.

Arbitton, pensó Sthall inmediatamente

—Estoy seguro de ello, señora —sonrió.

—Muy bien; y ahora al trabajo, porque hemos de preparado la operación minuciosamente, para evitar fallos... Pero antes capitán, dígame dónde estaba usted en el momento en que se produjo la explosión.

—¿Es necesario que se lo diga, señora?

—Sólo sentía cierta curiosidad. Hay tripulación femenina y se el éxito que tiene usted entre alguna de las tripulantes.

—No quisiera pecar de inmodestia, señora: pero hay cosas que resultan inevitables.

Ermyne le miró críticamente.

—La verdad, no sé qué ven algunas en usted —declaró.

—Tal vez lo que usted no v. señora —declaró él audazmente.

—Ah, de modo que piensa que soy una de las otras, de las que se derriten apenas les hace usted una caída de ojos, ¿eh?

—¡Señora! Yo jamás me atrevería... Sólo hice alguna observación... Le ruego mil perdones; fue algo que se me escapo involuntariamente...

—No se disculpe, capitán. Lo dijo con plena consciencia. Pero yo tengo otros planes para el futuro y en ellos no entran precisamente... ciertos actos más bien animales que humanos.

—El ser humano es un animal, señora. Pero con mente que piensa.

—¿Cree que no lo sé? Sin embargo, la mente puede dominar al cuerpo, cuando el ser humano se lo propone. Y eso es lo que yo hago. ¿Queda claro de una vez para siempre?

Sthall se inclinó profundamente.

—Nunca se me ocurrirá propasarme con su señoría —le aplicó el tratamiento apropiado, pero que, normalmente, no se utilizaba en las conversaciones privadas—. Y celebro infinito su fuerza de voluntad —agregó, adulador.

Ella sonrió de un modo peculiar.

—Basta de filosofía barata, capitán. ¡Al trabajo! — ordenó.

—Soy su más obediente servidor, almirante —contestó Sthall.

# CAPITULO IV

La pequeña capital del planetoide Nhuggin, habitada apenas por cinco mil personas, era un conjunto de casas, generalmente de uno o dos pisos, de aspecto muy sencillo, pero altamente funcional. El pueblo se veía limpio, y sus moradores tenían un aspecto saludable sin excepción.

La diminuta urbe había sido edificada según un plano regular, aunque no precisamente cuadricular, lo que habría conferido monotonía a su aspecto. Prácticamente, no había edificio que no estuviese rodeado por media docena de frondosos árboles al menos, y era rara la casa que no disponía de un pequeño estanque para uso de sus moradores.

A Sthall le gustó de inmediato aquella capital. «Aquí, la existencia debe de ser algo maravilloso», pensó.

Estaba en la plaza central, donde se celebraban las asambleas de los vecinos, detrás y a la izquierda de Ermyne, que llevaba la voz cantante, vestida con su uniforme de gala, repleto de adornos en oro y rojo. Tras ellos, una sección de soldados de desembarco, con el equipo de campaña, constituían una especie de acompañamiento de honor, pero, en realidad, eran un elemento intimidatorio hacia los habitantes del planetoide.

El jefe de Nhuggin era un hombre gigantesco, pelirrojo, con una barba que le llegaba casi hasta el pecho de barril. Sthall se dijo que, de no haber tenido ahora la apariencia de Venno Rutte, Ryd Bahal'hi le habría reconocido en el acto.

Diez años antes, y aunque Bahal'hi le pasaba casi otros tantos, habían sido compañeros en una arriesgada misión. Luego se separaron y ya no había vuelto a saber nada más de él, hasta que, inesperadamente, se lo encontraba en casi un innominado planetoide, a miles de millones de kilómetros de su primitiva residencia.

—No aceptamos pagar impuestos ni queremos su protección —declaró Bahal'hi—. Vivimos bien, sin excesivos lujos, pero sin ambiciones perjudiciales. ¿Hemos de pagar impuestos para mantener a la guarnición que quieren dejar aquí? ¿Y para qué diablos necesitamos a una tropa de consumidores que no proporcionarán precisamente trabajo ni beneficios a los naturales de este pequeño mundo?

—La guarnición hará gasto de comestibles y otros artículos que ustedes pueden fabricar, de modo que los impuestos les resultarán prácticamente equilibrados con los ingresos que obtengan —alegó Ermyne.

—No necesitamos esos ingresos. Comerciamos con gentes pacíficas de otros planetas, que tampoco pertenecen a su maldita confederación...

—Entonces, les guste o no, pagarán impuestos y tendrán guarnición —amenazó Ermyne, exasperada.

—Lo que habrá aquí será una guerra a muerte —replicó Bahal'hi agresivamente—. Si piensa que vamos a cruzarnos de brazos, viendo cómo desembarcan sus parásitos uniformados; si piensa que vamos a desprendernos de nuestro dinero para nueve hijos de perra llamados Hipercónsules vivan en el lujo más absoluto, disfrutando de placeres que los demás mortales desconocen; si piensan que Nhuggin es una perla más de su sangriento collar estelar, están muy equivocados. Puedo asegurarle una cosa, señora: si insisten en sus propósitos, sólo conquistarán un mundo muerto, porque no viviremos ninguno de los que lo poblamos en la actualidad.

Pero Ermyne no se dejó impresionar por aquella estremecedora respuesta.

—Señor Bahal'hi, le aseguro que...

Sthall se dijo que ya era hora de intervenir y rozó ligeramente el brazo de la joven.

—Señora, un momento, por favor —rogó en voz baja.

Ella sorprendida, se volvió.

—¿Qué diablos quiere, capitán?

—Permítame un consejo... aunque luego, como es lógico, usted actuará según su criterio. Como fiel y leal subordinado suyo debo formular un reproche: no sabe actuar con diplomacia.

Ermyne levantó las cajas.

— Se puede utilizar la diplomacia con estos salvajes? —preguntó orgullosa y despectiva.

—¿Por qué no me deja probar a mí, señora?

Hubo un instante de silencio. Al fin, Ermyne se encogió de hombros.

—No costará nada perder unos minutos —accedió—. ¿Qué piensa hacer, capitán?

—Regrese a la nave, señora. Llévese a la escolta. Yo conferenciaré con el jefe y le transmitiré el resultado de la conversación.

—Será mejor que tenga éxito, capitán. De lo contrario, procederé a actuar según el plan de operaciones dispuesto por el Hiperconsulado.

—Muy bien, señora. Si mi intervención fracasa, siempre tendrá tiempo de ejecutar ese plan de operaciones.

Ermyne dio media vuelta y se marchó, seguida de su escolta. Sthall quedó frente al gigantesco Bahal'hi, quien le contemplaba con notoria curiosidad.

— Qué demonios pretendes, maldito invasor?

Sthall sonrió ligeramente.

—Mi nombre oficial es Venno Rutte, ayudante personal de la almirante. ¿Por qué no hablamos en privado, jefe? En su residencia, por ejemplo.

—Y, ¿de qué vamos a hablar si se puede saber?

Sthall bajó la voz.

—De cierta contraseña, que como todas, sólo se podía utilizar una vez. Terminada la misión, la contraseña quedaba ya inservible para siempre. «Trignor Cinco Cero-Azul Blanco-Once Diecisiete-Rojo».

Bahal'hi se puso rígido.

—Ven a mi residencia —declaró secamente.

*

Bahal’hi llenó dos cuencos de vino de denso color rojo y entregó una a su huésped.

—Maldita sea, Kyffer. ¿Sabes que te estás jugando el pellejo cada minuto de cada día? Comparada con ésta, nuestra misión era una merienda campestre.

—Lo sé. Pero, precisamente por lo mismo, he conseguido llegar a un puesto que no alcanzaron ninguno de los tres que me precedieron.

—Y de los cuales no se sabe nada, como suele suceder.

—Así es. Pero, por favor, recuerda en todo momento que soy Venno Rutte —pidió el joven.

—Está bien, Venno. Ahora, dime, ¿qué diablos pretendes?

—Ella se ha portado como una conquistadora orgullosa y absolutamente irrazonable. Tú no has actuado mucho mejor, al anunciar que Nhuggin se puede convertir en un cementerio de todos sus habitantes. Hombre, hay formas de hacer mucho mejor las cosas.

—¿Cómo, Venno?

—Yo anunciaré a la almirante que tienes que consultar a los jefes de otros poblados. Esto empleará algunos días. Mientras, ella permanecerá inactiva y yo la propondré una excursión a... ¿no hay algún lugar de bellos paisajes y muy aislados?

Bahal’hi sonrió maliciosamente.

—Sí, tenemos la Montaña de las Cien Cascadas y no suele ir mucha gente por allí. Está muy aislado, hay fieras...

—Deja el resto de mi cuenta. Si pasada una semana no he conseguido resultados, podrás actuar como mejor te parezca. ¿Entendido?

Los dos hombres se estrecharon las manos fuertemente.

—Suerte —dijo el gigantesco pelirrojo.

—La necesitaré, Ryd.

—Yo me refería a la almirante. Es guapa de veras.

—Es un iceberg.

—Derrítelo. —Bahal'hi le guiñó un ojo— Tú sabes bien cómo se consiguen determinados favores.

—Espero conseguirlo. Ah, ¿por qué no me obsequias con una botella de este vino tan delicioso?

Bahal'hi le entregó una especie de ánfora, que contenía cinco litros, ricamente adornada con dibujos de verdadera belleza.

—Disfrútalo con... el «iceberg».

Sthall regresó a la nave. Antes de llegar a la cámara de Ermyne, Diura le salió al encuentro.

—Tengo lo que buscabas —le dijo en un susurro.

Kyffer hizo un gesto de aprobación.

—Luego iré a verte. ¿No podrías obtener una fotocopia de todas las páginas para mí?

—Lo intentaré.

—Eres sargento de Inteligencia. Di que se trata de un inventario o algo por el estilo.

—De acuerdo, aunque pienso que sería mejor micro filmado.

—No es mala idea, pero no reduzcas a menos del diez por ciento.

—Está bien. —Diura le miró fijamente—. Venno, a veces pienso que no eres lo que aparentas.

Sthall no se inmutó. Sabía que en las naves de la Confederación solían haber investigadores secretos, que informaban directamente al Hiperconsulado, por encima de los comandantes y sin que éstos lo supieran. Eran cargos independientes de los que desempeñaba el coronel Arbitton, quien, por otra parte, también podía ser investigado sin saberlo. «Un perfecto estado policiaco», pensó antes de dar su respuesta, con la sonrisa en los labios: —No, no soy lo que aparento, muñeca.

*

Segundos más tarde, llamaba a la puerta de la cámara de Ermyne. Ella dio permiso a través de su altavoz. Cuando Sthall hubo cruzado el umbral, oyó su voz natural: —Estoy en el baño, capitán. Puede venir si gusta.

Sthall hizo una mueca. ¿Iba a tentarle ahora?

—Sí, señora.

Cruzó la sala, el escritorio privado, el dormitorio y llegó a la puerta del baño.

—Puede hablar desde ahí —invitó Ermyne.

La puerta estaba entreabierta y no podía ver a la joven en la bañera, pero si percibía el rumor del agua al enjabonarse.

—Señora, he hablado con Bahal'hi —manifestó.

—¿Y bien?
—He logrado ciertos avances en una especie de negociación. No es que haya conseguido todo, pero creo que estamos en el buen camino.
—¿Usted cree?
—Bueno, pudiera ser que fracasase, pero, al menos, no he recibido una rotunda negativa, como le ha sucedido a usted.
—¿Eso es un reproche, capitán? —preguntó Ermyne, enojada.
—Oh, no, en absoluto, señora. Solamente cité un hecho...
—Para compararlo con el resultado que ha obtenido usted, claro.
Sthall suspiró. «¡Qué difícil de tratar es esta mujer!», pensó.
—El resultado global es lo que importa, señora, y lo que se reflejará un día en su hoja de servicios —sugirió.
—Basta ya. ¿Qué ha conseguido?
—Bahal'hi declara que tiene que consultar con los jefes de poblado, señora.
—Él es el jefe de Nhuggin —gritó Ermyne, exasperada.
—Señora, el régimen de gobierno de Nhuggin no se parece demasiado al nuestro. Bahal'hi no puede tomar por él solo una decisión de tanta importancia. Si él se niega ahora, y usted ataca, y luego, al rendirse los nativos, resultase que los jefes de poblado estaban de acuerdo con las propuestas del Hiperconsulado, ¿qué sucedería? Se habrían perdido cientos o quizá miles de vidas humanas, y de nuestros soldados también. ¿No cree que conviene meditar sobre este punto?
—Capitán, a veces pienso que usted ha cambiado radicalmente. Antes, me parece, no pensaba así.
—Conviene ser flexible, señora, aunque, desde luego, la decisión final está en sus manos.
—No me adule —replicó ella, ásperamente—. ¿Cuánto tardara Bahal'hi en darnos una respuesta?
—Oh, una semana o así, quizá diez días.
— ¿Y qué demonios voy a hacer yo aquí tanto tiempo, mano sobre mano? —Se quejó la joven almirante sub Dos.
«Podrías tejer una chaqueta de punto», pensó él divertidamente.
—Señora, ¿por qué no hacemos una excursión? —propuso de sopetón.
—¿Una excursión? Y ¿adónde?
—Bueno, he estudiado a fondo la topografía de Nhuggin, en la computadora de informes planetarios, claro. Hay un lugar llamado la Montaña de las Cien Cascadas, verdaderamente muy hermoso. Podríamos alistar una nave de exploración... y también llevaríamos un detector de metales. Usted ya sabe que Nhuggin es muy rico en ciertas materias primas...
Ermyne pareció dudar un momento. Luego dijo:

—Le advierto una cosa, capitán: sigo siendo su almirante. No mire a la mujer. Piense siempre que soy su superior, ¿entendido?

—Señora, jamás osaría...

—Por si acaso —cortó ella secamente—. Ah, tenga alistada la nave para las siete en punto de la mañana. Y ocúpese de decir al segundo que se haga cargo del mando en mi ausencia, y que luego le daré más instrucciones.

—Sí, señora.

Sthall iba a retirarse, cuando, de pronto, vio algo que le hizo creer que estaba soñando.

Ermyne salía de la bañera en aquel momento. No la podía ver directamente, pero si a través del espejo situado en la pared opuesta.

Ella no parecía haberse dado cuenta de que era observada, muy ocupada en escurrirse el cabello, antes de empezar a secarse. Silenciosamente, Sthall cerró la puerta y se dispuso a preparar todo para la partida del día siguiente.

# CAPITULO V

Con la vista fija en el suelo sobre el que volaban a moderada velocidad, Ermyne hizo al día siguiente una pregunta súbita: —Capitán, ¿cree usted de veras que Nhuggin vale la pena?

—Señora, el Hiperconsulado sabe lo que se hace —respondió él virtuosamente.

—El Hiperconsulado... Pandilla de ambiciosos y logreros sin escrúpulos que no vacilan en enviar a la gente a la muerte, con tal de mantenerse en el poder...

Sthall arqueó las cejas al oír aquella virulenta crítica de labios de quien menos lo hubiera esperado.

«¿Me estará probando?», se preguntó.

—Nadie es perfecto —contestó sin dejar de atender a los mandos.

—En cierto modo, envidio a Bahal'hi. Tiene que consultar a sus iguales, pero ellos, no; me refiero a los Hipercónsules. Son nueve, y toman decisiones que afectan, a veces, a decenas de miles de millones de seres humanos. Hay muchos planetas que forman parte de la Confederación y cada uno de ellos tiene un jefe. Podrían, en ocasiones, consultar a estos jefes, pero, claro, tienen sus propias opiniones, su gran ordenador, con todos los informes, y adoptan decisiones que, muchas veces, resultan perniciosas. ¿Qué opina usted, capitán?

—¿Puedo hacerle una pregunta, señora?

—Sí, desde luego.

—¿Se está grabando esta conversación? ¿Nos oye alguien por un micrófono secreto?

—No, desde luego —respondió Ermyne, tajante.

—Entonces le diré que tiene toda la razón, pero añadiré que somos soldados y que debemos obedecer las órdenes que nos dan. O dimitir, claro.

Ermyne pensativa, se mordió el labio inferior.

—Es cierto —admitió con un suspiro—. Pero cuando uno llega a alcanzar cierto rango, ya no puede dimitir por sentirse en desacuerdo con una orden. O la cumple o se somete a un consejo de guerra, puramente formulario, que emite inmediatamente una condena de muerte. Y no hay indulto, ¿comprende?

—Entonces, obedeceremos.

—Pero también un almirante goza de cierta autonomía. Las órdenes que he recibido son las de otorgar a Nhuggin protección a cambio de impuestos, basándose en unos pretendidos informes sobre una gran riqueza de materias primas. Se podrían alterar los resultados

del detector...

—Los gráficos están sellados, señora. Sólo se pueden abrir en el Hiperconsulado y por personal especializado —alegó Sthall.

Ermyne hizo un vago ademán.

—Bien, por el momento, vamos a despreocuparnos durante unos días de este problema —dijo—. ¿Falta mucho para llegar, capitán?

—Pues...

Sthall no tuvo tiempo de completar la frase. Hacia la cola del aparato se oyeron unos ruidos extraños.

El motor se paró y el aparato empezó a descender vertiginosamente hacia el suelo.

—Capitán, ¿qué ocurre? —gritó ella.

Kyffer simuló actuar frenéticamente con los mandos.

—No lo sé, señora —contestó—. Mucho me temo que todo haya sido obra del mismo saboteador que intentó asesinarla el otro día. Los controles no responden...

—El motor supletorio de emergencia —indicó Ermyne.

—Tampoco funciona. Señora, rece para que funcionen los paracaídas, porque, de otro modo, podemos considerarnos difuntos.

El aparato caía vertiginosamente hacia el suelo, sobre una zona particularmente boscosa. Sthall presionó una tecla roja, cuadrada, de casi cinco centímetros de altura y, casi en el mismo momento, se desplegaron cuatro enormes paracaídas de vivos colores.

El descenso quedó frenado casi bruscamente. Luego, el aparato continuó su caída, pero a velocidad moderada.

—Bueno, los paracaídas han actuado porque responden a un mecanismo que no necesita energía —dijo. De pronto, señaló una esfera indicadora—. En cuanto aterricemos, tendremos que saltar y alejarnos del aparato con la mayor rapidez posible.

—¿Por qué, capitán? —preguntó ella.

—No sé qué sucede, pero el motor principal se ha recalentado y la explosión se producirá inevitablemente. Siga aquí, por favor.

Sthall abandonó su puesto y fue a la popa del aparato, en donde preparó rápidamente dos bolsas de víveres y pertrechos, sin olvidar algo que le había dado Diura la noche anterior. Se ciñó un cinturón con una pistola neurónica de carga solar, y corrió hacia la escotilla.

—¡Almirante, venga; estamos a punto de tomar tierra! —gritó.

Ermyne no se hizo de rogar. Treinta segundos más tarde, saltaron al suelo y echaban a correr para alejarse del aparato en busca de seguridad.

La explosión se produjo muy pronto, pero no fue muy estruendosa. El aparato no voló en pedazos, sino que se consumió con un fuego de color blanco vivísimo, que hería cruelmente las retinas.

—¿Qué es esto? —preguntó Ermyne, protegiéndose la vista con el

antebrazo izquierdo.

—Destrucción total del aparato —respondió él—. Está prescrito en los reglamentos. Antes de abandonar la nave, presioné el mando de destrucción, señora. De este modo, nadie se puede aprovechar de los secretos de su construcción ni tampoco de los libros de claves que llevan todos a bordo.

Ermyne abrió los brazos primero y luego los dejó caer a los costados, haciendo un gesto de resignación.

—¿A qué distancia nos hallamos de la astronave, capitán?

—Unos dos mil quinientos kilómetros, señora.

—Y no puedo avisar por la radio...

—También había sido saboteada, incluso el trasmisor de emergencia.

—En resumen, estamos completamente aislados.

Kyffer sonrió, a la vez que golpeaba con la mano una de las dos bolsas que habla salvado del desastre que él mismo había provocado.

—Pero, no perdidos, señora. Tengo mapas y nos servirán para llegar a lugar civilizado —contestó.

*

—Sin embargo, cuando noten nuestra ausencia, saldrán aparatos de rescate para ver de localizarnos —dijo Ermyne, a: cabo de un rato de haber emprendido la marcha.

Sthall caminaba a su lado, con un mapa desplegado.

—¿Dispuso usted un horario para transmitir señales, señora? —preguntó.

—¿Cómo? ¿No lo hizo usted? —se extrañó ella.

—Dispense, pero, aunque yo era el piloto, usted seguía siendo la comandante del aparato.

Ermyne se mordió los labios, como si hubiese sido pillada en falta. El hombre que marchaba a su izquierda tenía razón.

—Lo siento —manifestó.

—No se preocupe. Hay un poblado nativo a unos cuatrocientos cincuenta kilómetros de distancia. Cuando lleguemos allí radiaremos un mensaje a Bahal'hi y éste lo transmitirá a la astronave.

—Cuatrocientos cincuenta kilómetros —se aterró ella—, Pero, a pesar de todo, notarán que no hacemos ninguna llamada. Enviarán naves exploradoras, provistas de sensores...

—Que no detectarán nada en absoluto. La destrucción de un aparato como el nuestro, en circunstancias parecidas, es absoluta. Ni siquiera he tenido tiempo de salvar los paracaídas, con los cuales habríamos hecho tiendas de campaña para pernoctar. Tenemos algo de comida, diez litros de agua y un pequeño equipo sanitario. Eso es

todo, aparte de la pistola neurónica y un cuchillo de caza.

—El panorama no es muy alentador que digamos —murmuró Ermyne.

—Saldremos adelante, señora —dijo él con optimismo.

—Usted hizo un curso de supervivencia, ¿verdad?

—En efecto.

—A mi no me lo permitieron —declaró Ermyne amargamente—. Estaba ya destinada a mandar una subflota desde el primer momento.

—El ordenador de destinos de personal sabe encontrar perfectamente a las personas adecuadas para casa puesto —recordó Sthall, halagador.

—Pero ahora me siento como una niña desvalida. Me han hecho estudiar toda clase de temas, incluso los más abstrusos... Claro que he de reconocer que la hipnopedia fue un valioso elemento para mi educación. Sin embargo, no me enseñaron siquiera a pasar una noche al raso.

—Ahora puede aprender, señora. Si conseguimos caminar treinta kilómetros diarios, son dos semanas de marcha. Los primeros días serán duros, pero regresará a la astronave fuerte como un roble y con una experiencia que muy pocos podrán igualar.

—¿Usted cree, capitán?

—Estoy seguro de ello... moderadamente seguro —rectificó Sthall, sacando la pistola de su funda.

Ermyne miró al extraño animal que había surgido repentinamente ante ellos y lanzó un grito de terror. Era una especie de tigre del tamaño de un caballo, con los colmillos de veinte centímetros y zarpas como navajas de afeitar.

Sthall disparó dos descargas. El animal cayó fulminado.

—Pasó el peligro, señora —sonrió.

Ermyne tenía la mano en el pecho.

—He pasado un miedo espantoso —confesó.

Kyffer enseñó la pistola.

—Es un arma magnífica —elogió.

*

Cinco días más tarde, cuando ya habían recorrido unos ciento cincuenta kilómetros, según los cálculos de Sthall, Ermyne se detuvo al borde de un remanso de aguas claras y tranquilas.

—Capitán, me gustaría tomar un baño —manifestó.

—Por supuesto, señora; me mantendré aparte. Pero antes, si me lo permite...

Horas antes él había cazado un animal semejante a un conejo de gran tamaño, que guardaba para la cena, ya despellejado y limpio.

Cortó una pata y la arrojó al agua.

—Una regla estricta de supervivencia —explicó—. En los lugares más insospechados pueden surgir de repente peces, cangrejos o larvas carnívoras. Aquí no parece que los haya, pero, de todos modos, vamos a asegurarnos.

Sacó la pistola y disparó una serie de descargas en círculo. Algunos peces surgieron inmediatamente a la superficie y todos eran de buen peso.

—La seguridad es ahora absoluta, señora —sonrió.

—Lo tendré presente para la próxima ocasión —prometió Ermyne —. Y ahora, capitán...

—Por supuesto, señora.

Sthall dio media vuelta y se alejó oblicuamente del remanso tras unos arbustos. Descargó el equipaje, buscó leña y encendió una hoguera, con la que pensaba preparar la cena.

Ermyne acudió media hora más tarde, notablemente mejorada en su aspecto físico.

—El baño me ha sentado bien —manifestó.

—Lo celebro. La cena estará dentro de diez minutos, señora.

Ermyne se sentó en el suelo y contempló las llamas fijamente durante algunos minutos. Luego, de pronto, dijo:

—Capitán, dispense mi curiosidad, pero... ¿no ha sentido usted nunca la tentación de conseguir un ascenso?

—¿Qué ganaría con ello, señora?

—Un puesto más elevado, un sueldo considerablemente superior, honores, distinciones...

Kyffer hizo una ligera mueca.

—La verdad, señora; la milicia, al menos tal como se entiende ahora, me ha decepcionado profundamente.

—¿Cómo puede ser eso? —se asombró la almirante—. Usted, tengo entendido, se graduó con la máxima puntuación.

—No fue suficiente para la computadora, como en su caso —respondió Sthall—. Pero lo que estoy viendo, es que el Hiperconsulado entrena tropas solamente para conquistar a otros planetas, causando, para ello, enormes e imperdonables mortandades. Por ahora, estoy sujeto a la disciplina militar, pero mi grado es de los que permiten la dimisión sin ser sometido a un consejo de guerra.

—Debo deducir, por tanto, que dimitirá en cuanto termine esta misión.

—En efecto, ésas son mis intenciones.

Sthall sabía que Rutte, un tanto introvertido pese a su fama de conquistador, no habla mencionado nada jamás sobre su futuro. Por tanto, podía hablar de dimisión con toda tranquilidad.

—Lo siento. Tardaré en tener otro ayudante tan eficiente como

usted —ponderó ella.

El capitán hizo un breve gesto para agradecer el elogio. Luego preparó parte del conejo, poniéndolo sobre unas limpias hojas, que entregó a Ermyne.

—La cena está servida, señora —indicó con brillante sonrisa.

Dos horas más tarde, cuando la joven dormía profundamente, Sthall sacó algo de su mochila. Reavivó la hoguera y se entregó al estudio de las copias de las claves que le había entregado Diura.

Eran complicadas y sencillas a la vez. Complicadas, porque se trataba de algo completamente nuevo, lo que las hacía absolutamente indescifrables. Pero su misma sencillez le permitió aprendérselas de memoria en menos de una hora, aunque se prometió a si mismo repasarlas con frecuencia, a fin de no cometer equivocaciones en un momento dado.

Lo hacía por precaución, pero en realidad, sus intenciones eran enviarlas a Neapouk por medio del aparato de traslación instantánea de Nahr. Sin embargo, se preguntó cuánto tardaría en volver a Darah, y era algo que no se sentía capaz de adivinar en aquellos momentos.

# CAPITULO VI

Una semana más tarde, al atardecer, Ermyne, exhausta, se dejó caer al suelo y pegó la cara a la hierba.

—Lo siento, no puedo más —murmuró.

Sthall la miró con simpatía. Ermyne había procurado esforzarse en todo momento, pero la marcha había sido demasiado dura. Incluso él se sentía fatigado.

Ella alzó un poco la cabeza para mirarle con un solo ojo.

—No han venido a buscarnos —murmuró desalentada.

—Se lo previne —contestó él—. Encontrar a dos personas en esta inmensidad es dificilísimo, máxime si no disponemos de medios para llamar la atención. Pero cuando lleguemos a la aldea, podremos enviar un mensaje por radio y vendrán a rescatarnos.

—Resignación —Ermyne trató de sonreír y se enderezó un poco—. Si un día alcanzo la más alta graduación en el Almirantazgo, dispondré que todos los oficiales, incluso los elegidos por computadora, hagan un curso de supervivencia. Y el que no lo apruebe será relegado a puestos burocráticos.

—No es mala idea, aunque imagino que más de uno preferirá ir a una oficina. Pero ahora debemos preocuparnos por algo más inmediato; es decir, nosotros y la cena de esta noche.

Nhuggin, por fortuna, era un planetoide abundante en vegetación, lo que significaba agua. Aunque en ocasiones representaba una desviación de la ruta, Kyffer procuraba acampar siempre en las proximidades de un río. No sólo disponía así de agua para beber, sino también de peces para su alimentación.

Una hora más tarde, tenía preparada la cena, a base de pescados asados en las brasas. Ermyne se durmió a los pocos minutos.

Una vez más, Sthall volvió a repasar las claves. Mordiéndose los labios, se preguntó de nuevo cómo podría enviarlas a su jefe.

De pronto se le ocurrió una idea, y se sintió maravillado al darse cuenta de que era la solución más sencilla; aunque también se insultó a sí mismo, por no haberlo pensado antes. Apenas llegasen a la aldea...

El descanso, durante todo el día siguiente, sentó bien a Ermyne.

—Me encuentro mucho mejor —confesó—. Evidentemente, me convenía una situación como ésta. Me había apoltronado y, prácticamente, ignoraba qué era hacer ejercicio físico. No volverá a ocurrirme más en la vida.

—Unos minutos de gimnasia al día siempre sientan bien —sonrió Sthall—. Desde luego, celebro su restablecimiento.

Era la segunda noche que pernoctaban en aquel lugar. Ermyne, sentada, abrazada a sus rodillas, miró fijamente a su acompañante.

—Capitán —dijo de pronto.

—Señora… —respondió él.

—Voy a proponerle para un ascenso por méritos… propios. Ya sabe, eficiencia en el servicio, diligencia, abnegación y buen comportamiento, además de mostrar cualidades para el mando.

—No se moleste, aunque le agradezco la buena intención. Ya le dije que pensaba dimitir. Un ascenso significaría continuar la carrera y colaborar en la muerte o la humillación de millones de personas.

Ermyne pareció sentirse preocupada por aquella respuesta.

—Debo darle la razón —murmuró—. ¿Para qué quieren los Hiperconsulados gobernar más planetas? ¿Sólo por una megalómana ambición de poder?

—Debe de gustarles mucho dar órdenes a millares de millones de personas, desde su fortaleza palacio. Tiene que ser una sensación embriagadora: se mueve un dedo un sinnúmero de seres hacen lo que uno quiere. Pero no por ello deja de ser algo terriblemente injusto.

Sthall suspiró.

—Y lo malo es que no hay modo humano de cambiar el sistema —añadió.

Ermyne le contempló a través de los ojos entrecerrados.

—¿Lo cambiaría usted si pudiera? —preguntó.

—Seré sincero, aunque me cueste un disgusto, señora. Sí, cambiaría el sistema… y al menos, procuraría que fuera como el que rige en Nhuggin. El jefe de un planeta no puede ser el mero transmisor de unas órdenes, sino que debe tomar parte en las decisiones que afectan a sus gobernados y oponerse a ellas, si las considera injustas. Pero mientras los Hipercónsules sigan encastillados en su palacio, aislados del Universo, pero dominándolo con los más secretos medios ultramodernos…; mientras existan comandantes de flotas espaciales que ejecutan fría y despiadadamente vastos planes de destrucción o conquista de planetas habitados, nada se podrá cambiar y todo seguirá como hasta ahora.

Ella pareció sentirse muy impresionada por las palabras del supuesto capitán ayudante.

—Yo también lo he pensado en más de una ocasión. Cumplo mi deber, pero a veces, me pregunto si lo que hago es correcto. Es cierto que vine a Nhuggin a cumplir las órdenes recibidas, pero pienso que estos nativos se sentirán mucho mejor sin nuestra protección y, por supuesto, sin pagar impuestos.

—La única solución estriba en decapitar el sistema — sugirió Sthall.

—¿Cómo?

—Arrebatar el poder a los Hipercónsules y proclamar un nuevo gobierno.

—Sería difícil, capitán.

—Sí, resultaría muy difícil. Bien, lo mejor será que descansemos, señora. Buenas noches.

Sthall se separó unos pasos y se tendió en el lugar elegido para dormir. Antes de cerrar los ojos, contempló el único satélite de Nhuggin, que brillaba como un disco de plata en el firmamento.

Trató de dormir, pero se sentía un tanto nervioso. ¿Estaba probándole Ermyne? ¿No intentaba tenderle una trampa, mostrándose más o menos de acuerdo con sus ideas?

Transcurrieron algunos minutos. De pronto percibió un leve ruido.

Volvió la cabeza. Ermyne estaba a una docena de pasos de distancia, sin una sola prenda de ropa sobre su cuerpo escultural. La luz del satélite la hacía parecer una estatua de puro mármol blanco.

Ella pareció adivinar la contemplación de que era objeto y volvió ligeramente la cabeza.

—Venno, ¿está despierto?

Kyffer no dejó de advertir la diferente forma de trato.

—Sí, señora.

—Quiero averiguar una cosa, quiero comprobar si su fama es merecida o sólo son habladurías de la gente.

El joven se puso en pie. Acercándose lentamente a Ermyne, la asió por los hombros con ambas manos.

—No acepto responsabilidades posteriores —advirtió.

—Cargaré con las que me puedan corresponder. —Ermyne empezó a bajar la cremallera de la cazadora de Sthall—. Y luego, me dirás si me encuentras más atractiva que... las otras.

Sthall sonrió.

—Estoy seguro de que no hay otra más atractiva que tú... si me permite tratar así a mi almirante.

—En estos momentos no llevo uniforme —rió Ermyne.

Y se dejó caer sobre la hierba y tendió los brazos al extranjero.

—Ven, ven... —llamó ardientemente.

*

Al fin, habían llegado a la aldea.

Cuando la visitaron, a un par de kilómetros de distancia Ermyne se volvió hacia Sthall.

—Venno, quiero decirte una cosa —manifestó.

—¿Sí?

—Han sido unos días maravillosos, me refiero a la segunda etapa del viaje. Pero cuando regresemos a la astronave, cada uno ocupará

su puesto nuevamente.

—No haré nunca nada que pueda comprometerte —aseguro él.

—Gracias. Sabía que serias comprensivo.

—Siempre lo soy y siempre, también, soy absolutamente discreto.

—Quizá esto te da más fama, ¿no? —rió ella.

—Es posible.

—Las mujeres se te rinden, queriendo saber qué les ha pasado a otras, pero tú nunca sueltas prenda. Jamás comentas lo que ha sucedido en anteriores ocasiones...

—Al contrario, lo digo con toda claridad.

—No entiendo. A mí no me has dicho nada, Venno.

—Pero te lo he demostrado prácticamente, ¿verdad?

Ermyne pareció considerar la respuesta unos instantes. Luego se echó a reír.

—Tienes razón —convino—. Ha sido una respuesta muy ingeniosa y discreta, pero perfectamente comprensible. Bueno, avivemos el paso, para llamar a la nave cuanto antes.

En la aldea fueron bien recibidos, cosa que extrañó a Ermyne notablemente.

—Los nativos tienen un acusado sentido de la hospitalidad. Pero combatirán hasta la muerte por lo que consideran sus derechos — aclaró él.

El jefe de la aldea les permitió utilizar sus aparatos de transmisión para llamar a la astronave. El segundo comandante prometió enviar cuanto antes un vehículo rescate y dijo sentirse muy satisfecho de saberles con vida e indemnes, después de tantos días de incertidumbre. Al terminar la conversación, Sthall indicó que iba a hablar con el jefe de la aldea y volvió unos minutos más tarde.

—Van a darte ropas —anunció a Ermyne—. Las que llevas están destrozadas, y tienes un aspecto poco agradable... para los demás, claro.

Ella sonrió.

—Me gusta oírte hablar así, Venno.

—Gracias. Las hijas del jefe te atenderán hasta que llegue la nave de rescate.

Dos muchachas nativas aguardaban en la puerta de la casa donde se hallaba la pequeña central de transmisiones de la aldea. Ermyne se marchó con ellas, lo que aprovechó Kyffer para abalanzarse sobre aquellos instrumentos, apenas se quedó solo.

—Quiero hablar con el jefe Bahal'hi —manifestó—. Es muy urgente. Díganle que le llama el capitán Rutte.

Bahal'hi se dejó oír un cuarto de hora después.

—Puedes ser el auténtico Rutte —insinuó—. Dame la vieja contraseña.

—Trignor Cinco-Cero Azul-Blanco Once Diecisiete Rojo —recitó Sthall de una tirada.

—Está bien. ¿Qué quieres de mí?

—Tengo algo que debe ser enviado con urgencia a Neapouk. Por traslación instantánea, claro.

—Aquí no tenemos esos artefactos —dijo Bahal'hi, asombrado.

—Ya lo sé. Hay uno en Darah, el del mercader Nahr. ¿Cómo podría enviarlo allí con la máxima urgencia?

Bahal'hi pareció reflexionar unos instantes.

—Bueno, sería cosa de despachar una nave… Pero sólo lo hacemos una cada seis meses… o en caso de urgencia sanitaria, es decir, una operación quirúrgica complicada…

—¿No hay ningún enfermo grave ahora? Ese paciente podría curar la enfermedad de Nhuggin.

Bahal'hi suspiró.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En Travvyl.

—Un bonito lugar. El jefe, supongo que ya lo sabes, se llama Odwin. Dale lo que tengas que enviar a Neapouk. Confía en él como si fuese yo mismo.

—Gracias, Ryd. Nunca olvidaré esto que haces por mí.

—Lo hago en recuerdo de los viejos y buenos tiempos —rió Bahal'hi—. ¿Qué tal la «excursión»?

—Dará sus frutos muy pronto, más pronto de lo que crees.

—Lo celebro. Ten cuidado de todas formas.

—No te preocupes. Bahal'hi, una última pregunta. ¿Qué sabes de Haraddan, la fortaleza palacio de los Hipercónsules?

—No gran cosa. ¿Por qué no se lo preguntas a Nahr? El podría darte muchos más informes que yo, en especial, sobre su envió mensual.

—¿Un envió mensual?

—Sí. Ocho hermosas mujeres, que pasan en Haraddan una semana. Al regreso, vuelven con dinero suficiente para vivir sin trabajar el resto de sus días.

—Vaya, yo creí que los Hipercónsules eran personas moderadas, virtuosas que no se dejaban llevar a situaciones… aptas sólo para la plebe. ¡Pero son nueve y tú has dicho solamente ocho mujeres!

—Venno, ¿acaso no sabes que uno de los Hipercónsules pertenece al sexo femenino?

—¿Quiere decir eso que Nahr les envía ocho chicas y un sombre?

—Exactamente. Bueno, te dejo. Antes de que amanezca, llegará mi mensajero. Dale el mensaje a Odwin.

—De acuerdo. Gracias una vez más, viejo camarada.

Al terminar la conversación, reflexionó sobre todo ello. Una vez al

mes, aunque más correcto sería decir cada cinco semanas, Nahr enviaba a Haraddan un hombre, seguramente joven, apuesto y rebosante de energías, y ocho hermosas mujeres para solaz y disfrute de los Hipercónsules, Una idea empezó a bullir en su mente, pero, como por el momento, se hallaba todavía en estado embrionario, decidió no preocuparse más por el tema, hasta que se hallase en mejor situación para intentar ponerla en práctica.

—Sin embargo —murmuró—, qué magnífico plan resultaría...

Neapouk tendría pronto las claves. Ello serviría para contrarrestar los planes de conquista de los Hipercónsules.

Y después, el asalto final contra la tiranía que, aunque fuese de forma metafórica, hacía arder los planetas de aquel sector de la galaxia.

La nave de rescate llegó al amanecer y en ella emprendieron el regreso. Al llegar a la astronave, se encontraron con la mayor sorpresa de su vida.

—Están arrestados —anunció el coronel Arbitton.

—¿Cómo ha dicho, coronel? —exclamó Ermyne—. ¿A qué se debe semejante decisión? No he cometido ninguna falta...

—Ha cometido usted una falta gravísima, señora; una falta que se castiga con la muerte.

Ermyne se quedó sin habla. Arbitton hizo una seña y una hermosa mujer se hizo visible instantes más tarde.

Sthall perdió el aliento. ¿Con quién había estado aquellas dos semanas?

—La impostora será conducida a Berghwin en el momento apropiado, para ser sometida a un consejo de guerra por usurpación de personalidad, con fines de espionaje —acusó la mujer que era un duplicado exacto de la almirante.

# CAPITULO VII

Una semana más tarde, Sthall seguía dándole vueltas a la cabeza, porque no acababa de comprender lo ocurrido.

¿Quién era la mujer que ocupaba el puesto de Ermyne? ¿Era ésta realmente una impostora y había estado ocupado un puesto que no le correspondía?

¿O se trataba de un ardid del Hiperconsulado, de cuyo servicio de Inteligencia sólo se podían decir elogios?

Arbitton le había interrogado exhaustivamente acerca de lo que había sucedido durante las dos semanas de ausencia, Sthall se había mantenido firme en todo momento, respondiendo a cuantas preguntas le habían formulado, sin comprometer en absoluto a la joven con la que había estado tantos días «perdido» en Nhuggin. Una y otra vez se preguntaba cómo solucionar aquel enigma, sin sentirse capaz de encontrar una solución favorable.

Ermyne aparecía encerrada en una cámara, con centinelas de vista que no abandonaban su puesto en ningún momento. La otra almirante desempeñaba su papel con absoluta eficiencia, sin cometer el menor desliz que permitiese poner en evidencia su autenticidad.

«Mas, ¿podía ser una impostora la mujer con la que he pasado dos semanas perdido en la selva», pensó.

La solución para el problema que tanto le afligía se la dio a recientemente conocida almirante.

—Partimos hacia Darah —anunció—. Disponga todo para que el viaje se realice sin inconvenientes.

—Así lo haré, señora —dijo Sthall.

—En Darah haremos un alto, aunque no puedo predecir su duración. Debemos esperar la nave que se llevará la impostora, para ser juzgada en Berghwin.

Kyffer no pestañeó siquiera. El tema de la protección y los impuestos de Nhuggin quedaban postergados por el momento, ante la importancia que tenía el descubrimiento de la impostora. Después de realizar todas las funciones propias de su cargo, fue a visitar a Diura.

—Te espero en la casa del comerciante —dijo.

La sargento sonrió.

—Creí que te habrías olvidado de mí —murmuró.

—He estado demasiado ocupado. Una pregunta, Diura. ¿Cómo llegó hasta aquí la auténtica almirante?

—Vino desde Darah en un vuelo especial. Dijo que había sido suplantada por una impostora enviada por Neapouk y tomó el mando de la Subflota sin más dilación. Pero ordenó esperar a vuestro rescate,

a fin de apresar a la que se había hecho pasar por ella y para someterla al castigo correspondiente.

Sthall empezó a sospechar la verdad. Pero, ¿cómo diablos no le había anunciado Esmer Brank la llegada de un nuevo agente?

Una semana más tarde, cuando ya tenían Darah a la vista, descubrió algo totalmente inesperado.

Se miró al espejo. ¿Era él mismo quien estaba reflejado en el cristal azogado?

Apenas hubieron aterrizado en Darah corrió a ver al comerciante.

—¿Cómo diablos no se me informó de los nuevos planes? —preguntó.

Nahr se encogió de hombros.

—Eso no es cosa mía. Yo obedezco, simplemente —respondió.

—Lo que ha hecho Brank puede significar el fracaso del proyecto.

—Brank sabe lo que se hace, muchacho.

—A veces lo dudo.

—Como quieras. Y no me hagas reproches; lo que tengas que decir, se lo dices a Brank. Yo me limito a colaborar, eso es todo, sin tomar ninguna iniciativa.

—Está bien, como quieras. Otra pregunta: ¿Cuándo sale de aquí el convoy de la «diversión» para los Hipercónsules?

Nahr parpadeó.

—¿Cómo te has enterado? Eso es algo que muy poca gente sabe...

—Soy un espía —recordó Sthall, riendo—. Por eso me entero de muchas cosas. Vamos, dime cuándo tienes que enviar a Haraddan al joven robusto y agraciado y a las ocho indas mujeres para el disfrute y el placer de los Hipercónsules?

—Estoy contratando los que corresponden a ese envío —respondió Nahr—. Todavía me faltan algunas...

—El joven apuesto y agraciado seré yo. Y yo me encargare también de proporcionarte a una de las muchachas. ¿De acuerdo?

—Debes de estar loco, pero allá tú —rezongó el mercader—. En todo caso, recuerda que la expedición partirá la semana próxima.

—No dejaré de tenerlo en cuenta —sonrió Sthall—. Y ahora por favor, dime dónde está la sección de artículos de tocador.

—¿Vas a comprar algún perfume para regalárselo a alguna de tus amigas?

—Algo por el estilo.

Kyffer se dispuso a salir del despacho donde tenía lugar la entrevista, pero, de pronto, recordó algo y se volvió hacia Nahr.

—¿Enviaste las claves? —preguntó.

Nahr puso cara de lástima.

—Hubo un fallo en el aparato de traslación instantánea. No aquí, claro, sino en el receptor, en Neapouk. Los documentos llegaron

convertidos en átomos desintegrados.

Sthall contuvo una maldición.

—Tiempo perdido —rezongó a la vez que abría la puerta.

Pero había otra forma de contrarrestar la nefasta actuación de los Hipercónsules y lo iba a hacer él mismo, aunque ayudado por alguien que ya no esperaba nada de la vida.

Diura llegó por la noche, en el transcurso de la cual se percató de algo que la intrigó extraordinariamente. Por la mañana, antes de levantarse, tendida de costado y apoyada en un codo, miró al joven con extrañeza.

—Venno, a ti te sucede algo —dijo—. Se calificaba a la almirante como témpano de hielo, pero a ti hoy te ha faltado poco para ser igual. ¿No serás también un impostor? El Venno que yo recuerdo era un tipo infatigable ...

Sthall saltó de la cama.

—Lo siento, preciosa. Cuando se tienen muchas preocupaciones en la mente, el cuerpo se desentiende de sus... necesidades habituales.

—¿A qué preocupaciones te refieres? —quiso saber ella.

El se inclinó y palmeó suavemente su mejilla.

—No hagas preguntas y no tendrás preocupaciones —se despidió, para ir al baño.

Una hora más tarde, regresó a la astronave con una pesada maleta en las manos. Fue a su camarote, realizó algunas operaciones y luego se encaminó al alojamiento de la almirante.

Ella le recibió con frialdad.

—¿Ha disfrutado de su noche de... asueto, capitán?

—No puedo quejarme, señora —respondió el interpelado tranquilamente—. Pero eso es algo que ya pertenece al pasado. En cambio, su Señoría debería ocuparse de un asunto de cierta gravedad. Me refiero, por supuesto, a la prisionera.

—¿Qué le sucede a esa impostora? ¿Tiene quejas de nuestro trato? No recibirá ningún daño físico, excepto si es condenada a muerte, como espero. Y entonces, será una muerte rápida e indolora. Por tanto, no debe preocuparse...

—Se ha declarado en huelga de hambre.

La almirante dio un respingo.

—Esa... zorra... —dijo malhumoradamente—. Tendré que ir a verla, para pedirle que abandone su actitud, supongo. —Sería conveniente —repuso él—. El pueblo tendría así una elevada opinión de la justicia de los Hipercónsules. No resultaría agradable presentar a una acusada en malas condiciones físicas.

Ella se puso en pie vivamente.

—Vamos allá, capitán. Quiero hablar con esa despreciable mujer y haré todo lo que pueda para conseguir que abandone sus propósitos...

incluyendo una alimentación forzada, por acuesto.

—Sí, señora.

Sthall y su jefe abandonaron la cámara y se trasladaron a una de las cubiertas inferiores, adonde se hallaban los calabozos destinados a los miembros de la tripulación acusados de de disciplina o diversos delitos.

—Abra —ordenó ella al centinela.

El soldado abrió. La almirante entró seguida de Kyffer, quien inmediatamente, cerró la puerta por dentro, al quedarse con la llave que había tomado de la mano del vigilante.

Ermyne se puso en pie al verlos entrar aunque no pronuncio palabra. La otra habló con altanería:

—Me han dicho que se ha declarado en huelga de hambre ¿Querrá comer o prefiere que la alimentemos a la fuerza?

Ermyne se quedó estupefacta al escuchar aquellas palabras. Detrás de la otra mujer, Sthall le hizo una seña discreta.

—No quiero comer —respondió Ermyne, dándose cuenta de que debía seguir la corriente a quien ocupaba su puesto.

—Muy bien, entonces...

No pudo seguir hablando. Algo frío y duro acababa de apoyarse en su nuca.

—Por favor, señora, desnúdese completamente —ordenó el presunto Venno.

*

Sobrevino un momento de silencio. Sthall acentuó la presión de la pistola neurónica.

—Si prefiere, apretaré el gatillo y su cerebro se convertirá en pulpa —añadió—. ¡Vamos, ropas fuera!

La almirante convulsionó de rabia. .

—Capitán, esto le costará muy caro...

Sthall puso una mano en el cuello del uniforme de la almirante.

—¿Lo hace usted o le arranco las ropas a tirones?

Ermyne sonrió.

—¿Puedo ayudar, Venno? —solicitó.

—Adelante, encanto —accedió el joven.

Ermyne adelantó un par de pasos. De súbito, disparó el puño derecho y golpeó el estómago de la otra, haciéndola doblarse sobre sí misma, a la vez que emitía un gemido de dolor.

—Tú sí que eres la auténtica impostora, aunque esta frase parezca un contrasentido —dijo.

El cambio de ropas se realizó en pocos minutos. Ermyne se atusó el cabello y miró al joven desafiante.

—Capitán, nunca olvidaré lo que ha hecho por mí. En cuanto me sea posible, redactaré un informe...

—Déjate ahora de proyectos burocráticos —cortó él con aspereza —. Tengo otros planes para ti, pero no puedo decírtelos en presencia de testigos. Anda, ven conmigo y apoya mis palabras, ¿estamos?

La otra mujer estaba sentada en el suelo, todavía sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas. Sthall abrió la puerta, dejó pasar a Ermyne y luego entregó la llave al centinela.

—Cuide que no escape —ordenó—. Si organiza alboroto, no se preocupe y llame al médico. La prisionera insiste en afirmar que ella es la auténtica almirante, ¿comprende?

El soldado sonrió.

—Lo ha estado diciendo desde el primer día, señor —contestó—. No se preocupe; esa impostora no saldrá de este calabozo hasta que lleguemos a Berghwin.

—Así debe de obrar en todo momento —confirmó Ermyne con voz firme—. ¿ Vamos, capitán?

Echaron a andar a lo largo del corredor. Un ascensor les llevó al puente de mando, en donde, una vez a solas y segura de que no serian oídos, Ermyne se volvió hacia el joven oficial.

—Y bien, ¿qué traes entre manos, Venno? Debo darte las gracias por mi liberación, pero abrigo la sospecha de que tienes en mente ciertos proyectos que no me siento capaz de imaginar siquiera.

—Es cierto —admitió él sin pestañear, mientras servía vino en sendas copas—. Sin duda recuerdas determinados comentarios que hemos realizado durante nuestra «excursión» forzosa de dos semanas en las selvas de Nhuggin.

—Sí, pero eso, ¿qué tiene que ver con la situación actual?

Sthall le entregó una copa.

—¿Te gustaría destruir el Hiperconsulado?

Un helado silencio descendió sobre la cámara. Ermyne, sin la copa en la mano, contuvo la respiración.

—No hablarás en serio —retó, después de casi un minuto.

—Nunca he hablado más en serio —respondió él solamente— Tengo el proyecto de destruir el Hiperconsulado y someter a sus miembros a juicio, acusados de crímenes contra la humanidad galáctica... si puedo. En caso contrario tendré que matarlos. Pero necesito que me ayudes.

—¡Estás loco! Yo soy una jefe, pero obedezco órdenes superiores.

—Tú misma estás persuadida de que el gobierno del Hiperconsulado es dañino, abusivo y contrario a las más elementales normas de la humanidad. Debemos poner coto a sus depredaciones, porque, de lo contrario, un día, todos los pueblos de la Confederación se alzarán en armas y arrasarán Berghwin con todos sus habitantes, la

inmensa mayoría de los cuales son inocentes de los crímenes perpetrados por quienes dicen gobernar en su nombre. Han muerto ya millones de personas: hombres, mujeres, niños, ancianos... ¿Quieres que tu planeta siga esa misma muerte?

Ermyne se puso rígida.

—Acabas de decir algo que me hace pensar mucho. «Tu planeta»... ¿Acaso no es también el tuyo, Venno?

Kyffer también se tensó, reparando en el desliz.

—Dejémonos ahora de discusiones semánticas —disimuló—. ¿Quieres ayudarme o no? Si contestas negativamente, estaré en tus manos y correré la misma suerte que la mujer que ocupó tu puesto... enviada por Neapouk.

—Me parece que empiezo a comprender —manifestó ella—. Está bien. Supongamos que acepto. Debes de tener, sin duda, un plan perfectamente elaborado para conseguir que tu proyecto se convierta en realidad, ¿no es así?

—Moderadamente seguro, sí, es cierto.

—Y yo formo parte de ese plan, ¿verdad?

—Ermyne, si hubiese querido, me habría callado y no hubieras sabido nada hasta que todo hubiese concluido. Pero prefiero que seas tú la que colabores conmigo, y no otra cualquiera, en la cual, pese a todo, no podría confiar.

—¿Confías en mí, sabiendo que puedo denunciarte en cualquier momento?

Sthall movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —contestó tajante.

—Y si te denunciase, ¿qué harías?

El joven se encogió de hombros.

—Pues... resignarme o volverte de nuevo al calabozo, para que la impostora pudiera continuar en tu puesto.

—Pero ella si te denunciaría...

—Se callaría por la cuenta que le tiene. No me haría nada, puedes tenerlo por seguro.

Ermyne se pasó una mano por la frente y lanzó un hondo suspiro.

—Debo de estar loca de remate para aceptar tu proposición —murmuró—. En fin, ¿puedes explicarme cuál es tu plan?

Kyffer Sthall sonrió.

—Sabía que acabarías por aceptar —expuso—. Pero antes de que te lo explique, dime: ¿Qué pensarías si te ordenasen conquistar un planeta, aun a costa de la vida de todos sus habitantes? ¿Serias la misma después de haber asesinado a millones de seres inocentes?

—No —contestó ella sordamente—. Nunca sería ya la misma... y creo que los remordimientos no me dejarían dormir en el resto de mis días.

—En tal caso, vamos a acabar con los Hipercónsules, con lo cual, también, se habrán acabado los crímenes masivos en esta Galaxia —anunció Sthall con rotundo acento.

# CAPITULO VIII

Cuarenta y ocho horas después, al atardecer, Sthall hizo una seña a Ermyne.

—Ya puedes salir. Espérame en el lugar acordado —in dicó.

—Está bien, pero no tardes.

—Sólo lo necesario. Ah, y acuérdate de hacer exactamente lo que te he dicho.

—Descuida.

Sthall dejó transcurrir una hora, antes de encaminarse al calabozo donde se hallaba encerrada la impostora.

—Abra —ordenó al centinela.

El soldado obedeció. Sthall cruzó el umbral, cerró la puerta a sus espaldas y miró fijamente a la prisionera.

—Ya puedes volver a tu puesto —dijo.

Ella se acercó a Kyffer con los ojos en llamas y blandiendo amenazadoramente el puño derecho.

—Capitán, voy a hacer que le desuellen vivo —exclamó rabiosamente—. Haré que lo sometan a un consejo de guerra...

Calló bruscamente porque Sthall le dio una bofetada en pleno rostro.

—Será mejor que te calles y me dejes en paz —aconsejó—. De Neapouk te encomendaron una misión. Cúmplela lo mejor que sepas y puedas, y olvídate de mí. ¿estamos?

—Pero... pero tú me descubriste delante de la auténtica almirante...

—Porque me convenía en aquellos momentos. Las cosas han cambiado ahora, aunque no estoy dispuesto a darte más explicaciones. Vuelve a tu cámara, ponte el uniforme apropiado y dispón todo para zarpar mañana.

—¿Hacia dónde? —preguntó ella, desconcertada.

Sthall hizo un gesto de indiferencia.

—Estás patrullando este sector de la galaxia. Tienes plena libertad para ir y venir por donde se te antoje. ¿Te ordenaron alguna otra misión?

—No, sólo debía sustituir a Ermyne, hasta que lleguen nuevas órdenes.

—Por mediación de Nahr, supongo.

—En efecto. Si estoy en el espacio, Nahr me enviará un mensaje cifrado. En otro caso me lo dará en nuestra próxima estancia en Nhuggin. ¿Vas a venir conmigo?

—No. Dentro de veinticuatro horas, me denunciarás como a

desertor. Ya conoces los procedimientos oficiales. Te los enseñaron lo mismo que a mí, ¿no es cierto?

—Sí, desde luego.

—Entonces, si quieres que la misión que te ha sido confiada llegue a buen puerto, haz lo que te he dicho. Y no temas por mí; no sé tu nombre ni me interesa conocerlo. Es más, no creo que volvamos a vernos de nuevo.

La mujer hizo un gesto de resignación.

—Si tú lo dices...

—De todos modos, antes de despedirnos, voy a darte un buen consejo: ten cuidado con Arbitton. Es un elemento muy peligroso.

—Lo recordaré en todo momento —sonrió ella.

Sthall se acercó a la puerta y la abrió.

—Señora... no sabe cuánto lamento mi error... La confusión que sufrí es imperdonable... pero disculpable quizá, por un exceso de celo... Puede tener la seguridad de que haremos todos lo imposible por capturar a la impostora... viva o muerta.

—Espero que me la traiga pronto de vuelta, capitán.

—Empeño mi prestigio personal en ello, señora —contestó Sthall, solemnemente.

*

Era ya de noche cerrada cuando Sthall llamó con los nudillos a una puerta situada en el primer piso del edificio donde Nahr tenía su negocio. La puerta se abrió cautelosamente i un rostro atezado le miró con prevención.

—Ah, eres tú —dijo Ermyne.

Terminó de abrir la puerta y se echó a un lado. Sthall entró y giró en redondo para contemplar el nuevo aspecto que tenía la joven.

Los cabellos de Ermyne eran ahora completamente negros, largos y sueltos. Su piel había sido teñida de modo que padeciese el resultado de un cruce genético entre dos seres de distinto sexo, blanco y mulata. Las ropas que vestía, aunque relativamente sencillas, eran caras y con algunos adornos en oro. Prácticamente, salvo los senos, el torso quedaba al despierto. Dos cuencos de tejido de oro cubrían su pecho y el resto de la indumentaria consistía en una falda hasta los tobillos, abierta sin embargo por el lado izquierdo.

Sthall sonrió, a la vez que hacía un gesto de aprobación.

—Perfecto —calificó.

—Tengo todo el aspecto de una ramera —se quejó Ermyne.

—¿Y qué es lo que piden los Hipercónsules para sus diversiones? ¿Honestas doncellas? ¿Virtuosas amas de casa? —contestó el joven sarcásticamente—. Vamos, desecha esos escrúpulos y recuerda: a

partir de ahora, eres Thayna, de Holmisth 2, ¿entendido?

—Me costará mucho olvidar esos dos nombres —suspiró ella.

—Ojalá te cueste ciento cincuenta años. Porque también podría suceder que lo olvidases muy pronto… con la definitiva amnesia de la muerte.

Ermyne sintió que un escalofrío recorría su espalda desnuda.

—Es un juego muy arriesgado —murmuró.

—Si todo sale bien, como espero, siempre recordarás que Thayna, de Holmisth 2 ayudó a derrocar la más monstruosa tiranía que han conocido jamás los hombres. Y ahora, si me lo permites, voy a cambiar un poco mi aspecto.

De pronto, Ermyne se echó a reír.

—Tú vas a ser lo mismo que yo, pero en masculino: el amante ocasional de Dea, la Hipercónsul número ocho.

Sthall empezó a maquillarse delante del espejo.

—Tengo entendido que es una mujer muy atractiva —comentó.

—Es guapa, pero casi me triplica la edad.

—Setenta y cinco años.

—Es la edad de una cuarentona de hace doscientos años. Tiene el mismo aspecto y antes de que empiecen a notarse en ella los primeros síntomas de vejez, habrá de pasar veinticinco o treinta años más.

—Para entonces, ya nos habremos librado de ella… o ella de nosotros.

Un cuarto de hora más tarde, Sthall tenía también la tez morena, aunque no tanto como Ermyne, y el cabello rizado. Se miró al espejo, sacó la lengua como si se hiciera burla a sí mismo y luego agarró un pequeño maletín.

—Listos —dijo—. Vamos a reunimos con las otras chicas.

Ermyne levantó los ojos al techo.

—Espero que todo salga bien —murmuró.

—No te preocupes; el tinte de tu piel durará un par de meses, a menos que antes uses el líquido disolvente. Pero podría quedarse como definitivo si…

—¿Si qué, Venno?

—Si te despellejan viva, cosa que entra dentro de lo posible. Entonces, el color de tu piel permanecería inalterable para siempre.

—¿Sabes que tienes un sentido del humor más bien tétrico? —le apostrofó Ermyne.

Momentos después, iniciaban el descenso a la planta baja, para llegar al mismo lugar donde Sthall se había materializado después de su viaje en el aparato de traslación instantánea. Entonces vieron que los planes que el joven había trazado tan cuidadosamente iban a sufrir una variación inesperada.

Arbitton les aguardaba allí, sonriendo con expresión sarcástica y

con una pistola en la mano diestra.

La mano izquierda estaba tendida hacia determinado lugar, brillantemente iluminado.

—Tengan la bondad de pasar los dos al interior de ese aparato —indicó—. Dispone del suficiente espacio para que los dos puedan permanecer sin agobios, aunque me imagino suponen que su estancia ahí dentro va a durar muy pocos segundos. Los justos solamente para cerrar la puerta.

*

Ermyne sintió que se le paralizaba el corazón. Sthall, con el maletín en la mano, se preguntó cómo podría arreglárselas para salir de aquella crítica situación.

Resultaba ocioso intentar averiguar la forma en que Arbitton les había descubierto. Procuraría saberlo más adelante si lograba salir con vida de aquella inesperada encerrona.

—¿Está seguro de que no se equivoca, coronel? —pregunto más por ganar tiempo que por esperar una respuesta precisa.

—Usted es un agente de Neapouk y ella la impostora que quiso tomar el puesto de mi almirante —repuso Arbitton—. Otro agente de Neapouk, claro. Los dos hábilmente disfrazados desde luego. Pero no les ha servido de nada.

—Bien, supongamos que lo que dice es cierto. ¿Se lo ha comunicado a la almirante?

—No, todavía no sabe nada. He estado haciendo las instigaciones personales durante muchos días, obteniendo datos y atando cabos, hasta conseguir la solución del problema.

Sthall respiró. La impostora podría seguir en su puesto. Ella, en todo caso, sería capaz de concluir la misión.

—Y luego informará a sus superiores y así obtendrá un merecido ascenso —sonrió Sthall.

—¿No trabajamos todos por lo mismo? Usted, si hubiese triunfado, también sería ascendido. No irá a decirme que está realizando esta misión por puro deporte.

—Evidentemente, uno, cuando ingresa en un Servicio de Inteligencia, es por algo más que divertirse un poco —repuso el joven —. Aunque el patriotismo también tiene algo que ver en esta clase de asuntos.

—Yo defiendo a Berghwin —declaró Arbitton orgullosamente.

—Y a nueve hiperasesinos, ebrios de poder y enloquecidos por la ambición de mandar.

—Están creando un imperio. Todo nacimiento cuesta dolores inevitables, —filosofó el coronel.

—El suyo debió de costar muchos más dolores a los que han tenido que aguantarle que a su propia madre —rezongó Sthall a media voz.

—¿Decía…? —preguntó Arbitton.

—No, nada, no se preocupe. De modo que ha hecho investigaciones por cuenta propia…

—Y finalizaron aquí, precisamente. Levante esa lona. Mi último informe está debajo.

Sthall se inclinó hacia el punto señalado, tiró de la lona y dejó al descubierto un cuerpo horriblemente deformado. Ermyne no se pudo contener y lanzó un grito de espanto.

Sthall apretó los labios. Dejó caer la lona y miró de nuevo a Arbitton.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó.

Se oyó una risa siniestra. Arbitton blandió ligeramente la pistola.

—Es un arma maravillosa. Utilizada a baja energía y con descargas intermitentes, hace hablar hasta los muertos. Luego, claro, no tuve otro remedio que enviarle otra descarga al máximo de energía.

—Entiendo. ¿Va a hacer lo mismo con nosotros?

—No será necesario. Nahr me contó todo lo que sabía, que no era poco. Para ustedes dos tengo algo mejor… precisamente por ser de efectos muy rápidos.

Arbitton señaló de nuevo la puerta que permitía el acceso al cubículo que era una de las terminales de traslación instantánea.

—Lo he graduado para el viaje de vuelta a Neapouk, pero con una centésima menos de energía de la necesaria —explicó—. Ustedes ya saben que el viaje instantáneo debe ser realizado con absoluta precisión; de lo contrario, la mercancía enviada sufre graves daños… por descomposición, y no vuelve a recomponerse en la estación receptora… Me refiero, naturalmente, a toda clase de mercancías: objetos aniñados, vegetales ornamentales o alimenticios, animales… y eres humanos —concluyó con acento que puso hielo en la espalda de Ermyne.

—Entonces, no nos queda otro remedio que entrar ahí —concluyó Sthall.

Arbitton hizo un burlón ademán.

—Cuando gusten —invitó.

Entonces, Sthall le arrojó el maletín, a la vez que empujaba a Ermyne a un lado. Simultáneamente se echó hacia el otro de modo que los dos quedasen separados por unos tres metros.

Arbitton se inclinó para evitar el golpe, aunque no lo consiguió del todo. Un rugido de rabia brotó de sus labios, mientras la mano armada oscilaba en busca de un blanco.

Sthall no le dejó recuperarse. Agachado, cargó contra él y te

golpeó con la frente en el pecho.

El coronel resultó proyectado hacia atrás y penetró violentamente en el cubilo, mientras la pistola neumónica saltaba por los aires. Sin darle tiempo a recuperarse, Sthall cerró bruscamente la puerta. Al mismo tiempo, con la palma de la mano, golpeaba el botón de funcionamiento.

Ocurrió algo horripilante. Arbitton lanzó un espantoso alarido, que no fue percibido desde el exterior, debido al soporte de las paredes de vidrio. Unos segundos más tarde, su cuerpo pareció convertirse en una especie de humo rojizo, que se movía con vertiginosos remolinos en el interior de la caja de cristal.

El fenómeno duró escasamente diez segundos. El humo rojo se disipó y el aparato de traslación instantánea quedó limpio, como si no hubiera sucedido nada.

Ermyne estaba a punto de desmayarse. Sthall la agarró por un brazo y tiró de ella hacia la salida.

—Vamos, ya hemos perdido demasiado tiempo —apremió.

Antes de abrir la puerta, Sthall lanzó una última mirada hacia el bulto situado bajo la lona.

—Carwo Nahr, ya estás vengado —murmuró.

# CAPITULO IX

Con gran sorpresa de Ermyne, Sthall se detuvo minutos más tarde ante la puerta de una casa de discreta apariencia a la que llamó con repetidos golpes de la mano. AI cabo de unos momentos, un hombre abrió la puerta y les miró con expresión de mal humor.

—¿Qué quieren a estas horas? No tenemos nada que ver; si acaso, vayan por la mañana al local de Nahr...

Sthall no se inmutó por la hostil acogida.

—Eres Sharro, es esposo de Linna, hermana de Nahr —dijo.

—Sí, en efecto, pero no entiendo...

Una hermosa joven, envolviéndose todavía en la bata, llegó en aquellos instantes.

—¿Qué pasa Sharro? ¡Ah, eres tú, Venno! —exclamó, al reconocer al presunto capitán.

—Hola, Linna —saludó Sthall—. Siento despertaros a horas tan intempestivas y más por los motivos que me obligan a ello, nada agradables por cierto.

—¿Por qué no hablas claro de una vez? —pidió Sharro, con un irritado fruncimiento de cejas.

Sthall fijó la vista en la joven.

—Linna, lo siento. Tienes que ser fuerte. Tu hermano ha muerto.

Linna exhaló un gemido de angustia. Su esposo se apresuró a sostenerla por la cintura.

—¿Qué ha sucedido? ¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—Es un poco largo de explicar y no tenemos tiempo —respondió Sthall—, Linna, ahora debes hacerte cargo de los negocios de tu hermano. Lamento infinito no haber podido hacer nada con él, pero cuando llegué, ya estaba muerto.

—Asesinado, supongo —dijo Sharro.

—Sí, pero su muerte ya ha sido vengada. El asesino también ha muerto.

Linna hizo un esfuerzo por rehacerse.

—Siempre le dije que no se metiera en líos y que se limitara a ejercer su profesión, pero nunca quiso hacerme caso.

—Le gustaban las intrigas y las conspiraciones. No me extraña que haya terminado de mala manera —gruñó Sharro.

—Ya no se puede hacer nada —manifestó el joven—. Excepto una cosa.

Sharro y Linna le miraron inquisitivamente. Sthall añadió:

—El asesino ha muerto, como ya he dicho. Pero la venganza no será completa hasta que sean castigadas las personas que inspiraron

ese crimen, y de eso me encargo yo. Linna creo que tienes que atender un pedido del Hiperconsulado.

—Es cierto, y está a punto de ser cargado...

—En la lista de mercancías tu hermano, a petición mía, añadió una caja rotulada como «Perfumes». —Sacó un papel del bolsillo y lo puso en manos de Linna—. Saca su contenido y sustitúyelo por lo que te indico aquí. Y haz que vaya destinado personalmente a la Hipercónsul Dea, ¿entendido?

Ella tomó el papel.

—Será la última vez que intervenga en un asunto de esta dase — advirtió.

—Puedes estar segura de que así será —contestó Sthall.

—Una pregunta, Venno —indicó Sharro—. ¿Dónde está... el cuerpo de mi cuñado?

Sthall agarró el brazo del hombre y tiró de él hacia fuera.

—Está en el cubículo del terminal de traslación instantánea. — Bajó la voz—. Procura que ella no vea el cadáver de su hermano — recomendó.

—Entendido.

Sthall volvió a continuación hacia Ermyne.

—Podemos seguir —dijo.

De nuevo echaron a correr. Un cuarto de hora más tarde avistó una nave brillante iluminada.

—¡Eh! —gritó alguien—. Ya es hora de que os dejarais ver. Empezábamos a creer que tendríamos que zarpar sin vosotros.

Sthall lanzó una carcajada.

—En Haraddan esperaban a nueve «artistas» del amor. Te habrían despellejado si sólo les hubieras llevado siete —respondió alegremente.

El comandante de la nave emitió un gruñido de enojo. Luego se apartó a un lado para que pudieran entrar los recién llegados.

—El sobrecargo os enseñará los alojamientos. —Miró a la joven—. Recuerda que debes abstenerte a todo contacto físico hasta que llegues a Haraddan —agregó.

—No te preocupes. Sólo seré infiel a mi pareja cuando haya terminado mi estancia allí —repuso Ermyne.

*

La nave no era muy grande y estaba destinada solamente al transporte de personas y equipajes. Mientras sobrevolaban la fortaleza palacio donde residían los Hipercónsules, Sthall se preguntó cómo podría llevar a cabo la misión asignada.

La residencia del Hiperconsulado se hallaba a la orilla de un lago

de unos veinte kilómetros de largo por la mitad de ancho, en una saliente península que, vista desde el aire, parecía la silueta de una gigantesca cabeza humana. El lago, a su vez, se hallaba en el centro de un colosal circo de montañas, cuyas cimas se alzaban a miles de metros sobre el nivel de las aguas.

Sthall sabía que la residencia estaba protegida por un perfecto sistema de alarmas. La única forma de filtrarse en aquel lugar era la que estaba realizando en aquellos momentos. A Haraddan no iba cualquiera y en general, los Hipercónsules emitían sus dictados por medio de mensajes audiovisuales. Las visitas de altos cargos, eran más bien raras, pero la gente estaba acostumbrada a ello y ya no se extrañaban que nueve personas se hubiesen congregado en un lugar tan retirado para gobernar un estado compuesto por varias decenas de planetas.

Por otra parte, los Hipercónsules disponían de un muy bien provisto sistema de ordenadores, con miles de millones de datos sobre todas las materias, incluidos los personales de cuantos habitantes formaban parte de la Confederación.

—No, no les hace falta ninguna cámara de diputados ni otras tonterías por el estilo —soliloquió Sthall mientras contemplaba el paisaje, situado junto a una de las lucernas de la nave.

El aparato evolucionaba a unos mil quinientos metros de altura sobre la cima de las montañas. Su comandante aguardaba el permiso para aterrizar. Los detectores de Haraddan exploraban los sistemas de identificación de la nave, a fin de comprobar su autenticidad.

De pronto, Sthall reparó en algo de lo que no habla tenido la menor noticia hasta el momento.

La residencia, que se componía de varios cuerpos de edificio, muy próximos entre sí, se hallaba en el borde de la península más cercano a la orilla del lago, al pie de un imponente paredón de roca, cuyo borde se hallaba a unos quinientos metros de distancia del suelo.

Sthall contempló interesadamente aquella peculiaridad geológica. El farallón media aproximadamente unos dos mil quinientos metros de longitud. En algunos puntos, estaba literalmente cortado a pico y hasta parecía que el borde quedase más saliente que la base. Pero eso no era todo.

El paredón terminaba por su parte superior en una extensa meseta, de su misma longitud y de unos mil quinientos metros de anchura, cubierta de abundante vegetación. A unos doscientos metros del borde, aunque parcialmente cubierta por el arbolado, se divisaba una larguísima grieta que no tendría más de veinticinco o treinta metros de anchura, aunque su longitud era prácticamente la misma que la del muro de roca que parecía proteger con su mole la residencia de los Hipercónsules.

Sthall tomó nota de aquel detalle del paisaje. Al final de la meseta, se levantaba una gigantesca montaña, cuyas laderas tenían ya una inclinación normal. Ciertamente, se dijo, los Hipercónsules habían sabido elegir bien el lugar de su retiro.

En el centro de la península había un enorme estanque, excavado artificialmente y alimentado por las aguas del lago, mediante un canal que penetraba unos cien metros en la tierra firme. El suelo estaba cubierto por bien cuidados jardines, lo que hizo pensar a Sthall que los Hipercónsules debían de estar atendidos por un numeroso cuerpo de servidumbre.

Una canoa corría velozmente por el lago, remolcando a una esquiadora acuática. Sthall meneó la cabeza.

—Así da gusto vivir —murmuró.

El altavoz de a bordo sonó de pronto.

—Nos disponemos a tomar tierra. Preparen sus equipajes —indicó el comandante de la nave.

Sthall fue a su camarote. En el camino se encontró con Ermyne.

—Bien, parece que ya llegamos —sonrió él.

—Así es, pero me asalta una duda.

—¿Puedo aclararla yo?

—Venno, dime, ¿qué pensarás esta noche cuando el Hipercónsul que me ha tocado en suerte, esté disfrutando de mis... encantos?

El capitán sonrió. Metió la mano en el bolsillo, sacó una cajita y la puso en manos de Ermyne.

—Había pensado en ello —contestó—. Una píldora será suficiente.

Ella arqueó las cejas.

—¿Para qué? —preguntó.

—Dormirá toda la noche y tendrá bellos sueños... muy eróticos.

Ermyne contuvo una sonrisa. Hizo saltar la cajita en la palma de su mano, y luego la guardó en el seno.

—¿ Darás otra píldora a Dea?

—Claro, mujer.

—No me fio...

—Tendrás que resignarte a creerme.

—Es muy hermosa.

—Menos que tú.

Ermyne suspiró.

—Ayer, almirante sub-Dos. Hoy, conspiradora. Mañana, tal vez, traidora condenada a muerte...

Sthall apretó su brazo.

—Estás condenada a la vida —dijo.

El aparato perdía altura. Su comandante anunció:

—Listos para desembarcar.

Sthall hizo un gesto con la cabeza.

—A conspirar! —sonrió.

*

Un correcto sirviente llevó el equipaje de Kyffer al alojamiento que le había sido asignado. Era un hombre de aspecto bastante agradable y ello intrigó a Sthall notablemente.

Si Dea tiene aquí criados, ¿para qué diablos necesita «importar» un amante desde Darah? —se preguntó.

El criado deshizo el equipaje con gran destreza y, al terminar, se volvió hacia Sthall.

—¿Desea algo más, señor?

—No muchas gracias. —Sthall metió la mano en el bolsillo—. Y ahora, imagino, una gratificación...

—Gracias, señor, pero las propinas están prohibidas. Con el permiso del señor... Ah, olvidaba una cosa. Su excelencia le llamará más tarde. Debe permanecer aquí, hasta que ella le dé permiso para abandonar la estancia, señor.

—Lo tendré en cuenta. Muchas gracias.

El sirviente se marchó. Sthall divisó botellas y vasos sobre una mesita y se sirvió un poco de vino.

—Si yo tuviese un criado como éste, para rato iba a traerme otro hombre desde Darah... si fuese mujer, claro —murmuró entre dientes.

Pero quizá a Dea le guste variar de compañero de lecho, se dijo. Era algo que, sin embargo, no debía preocuparle. Estaba allí para ejecutar una misión, no para filosofar acerca de las preferencias de la Hipercónsul número 8.

Media hora más tarde se encendió una pantalla de televisión. Una hermosa mujer, de largos cabellos rubios, le contempló desde el vidrio deslustrado.

—Yuli, venga —llamó Dea.

Yuli era el nombre que Sthall habla elegido para su estancia en Haraddan. El joven asintió.

—Inmediatamente, señora.

# CAPITULO X

Era una mujer alta, de formas majestuosas, apenas veladas por los ropajes que vestía, de un tejido finísimo, casi completamente transparente. A Sthall, pese a que ya tenía noticias de ello, le pareció mentira que Dea contara ya tres cuartos de siglo.

—Vas a estar aquí una semana —dijo ella, apenas le tuvo frente a sí.

—Estoy a las órdenes de su Excelencia —contestó el presunto Yuli, a la vez que hacía una profunda reverencia.

—Yuli, antes de seguir adelante, quiero hacerte una advertencia.

—Sí, señora.

—Durante la semana que vas a permanecer aquí, los tratamientos quedarán abolidos por completo, y esto reza también para las mujeres que han venido contigo. Seremos solamente dieciocho personas que quieren pasar unos días agradables, ¿entendido?

—Sí, señora.

—Dea —insistió ella—. Deja los escrúpulos de un lado. Tú eres Yuli y yo Dea. Recuérdalo.

—Como quiera... como quieras —sonrió Sthall—. Pero, ¿me permites una pregunta?

—Si no me gusta, no te la contestaré.

—Bueno, en realidad, se trata de satisfacer mi curiosidad... Has dicho dieciocho personas: nueve Hipercónsules y otros tantos acompañantes. Pero he visto criados...

Dea se echó a reír.

—Sólo son robots —explicó.

Sthall se quedó atónito.

—Increíble —calificó.

—Nadie sería capaz de sospecharlo, ¿verdad? —aseguró ella, satisfecha—, Pero es lo mejor para nosotros. Podemos darles órdenes y, puesto que sólo son máquinas, nunca nos traicionarán. Cuando los acompañantes se marchan, quedamos solamente nosotros y nuestra servidumbre mecánica.

—Me parece magnífico —afirmó Sthall.

—Los sirvientes son robots con aspecto enteramente humano y comportamiento idéntico al de una persona, excepto por un pequeño detalle.

—¿Cuál, por favor?

—Carecen de sexo.

—Oh, comprendo... y lo estimo lógico.

—Aunque algunos de los sirvientes tienen figura femenina y... —

Dea bajó la voz—, más de uno de mis colegas lo utiliza como sustitutivo... En fin, no quiero entrar en detalles desagradables. Sólo quiero que sepas que a mí me gusta lo... naturalmente biológico.

—¿Y a quién no? —rió el joven.

—Cuando te vayas de aquí, habrás recibido una recompensa que te servirá para vivir sin trabajar el resto de tus días —anunció ella—. Pero habrás de olvidar cuanto hayas podido ver y oír en Haraddan.

—Mi amnesia empezará el mismo día de la partida.

—Celebro tu forma de pensar. —Dea sirvió vino—. Ahora debemos de vestirnos para la cena que forma parte de la ceremonia de recepción. Después..., cada Hipercónsul hará lo que mejor le parezca. Y tú vendrás aquí... Me comprendes, supongo.

Sthall decidió poner un poco de ardor en la comedia que estaba desempeñando y, acercándose a la mujer, pasó los brazos en torno a su cintura.

—Sería capaz de caminar sobre las brasas, con los pies descalzos, para venir aquí —dijo.

Los ojos de Dea chispearon.

—Suelo calificar a mis acompañantes —manifestó—. Creo que a ti podré darte la puntuación máxima.

—La rebasaré de sobras —fanfarroneó él.

Después de la cena, que resultó una velada muy grata, tranquila y sin los excesos que Kyffer habla temido, la reunión se disolvió. Antes de retirarse con Dea, cambió una mirada con Ermyne.

La joven hizo un leve pestañeo de asentimiento. Minutos más tarde, Sthall proponía a Dea tomar una copa de vino.

Dea aceptó, a los pocos momentos, dormía como un tronco.

El se sentó a esperar.

Dea dormiría hasta bien entrada la mañana. No tenía prisa en abandonar su alojamiento.

*

Salió de la estancia y llegó a un corredor discretamente iluminado. Los alojamientos de los Hipercónsules, aunque disponían de todas las comodidades, eran relativamente sencillos. Muy divertido, Sthall se dijo que los robots estarían durmiendo.

Reinaba un silencio absoluto. Cuando llegaba al final del corredor, vio que se abría una puerta.

Ermyne asomó la cabeza y sonrió.

—Parece como si nos hubiéramos adivinado el pensamiento —comentó.

—¿Cómo está tu pareja?

—Duerme como un lirón... y sueña. Pero, ¡qué sueños!

—¿Por qué lo dices?

—Habla en voz alta y dice cosas verdaderamente escandalosas.

—Debe de estar pasándolo fenomenalmente contigo —rió Sthall—. ¿Quieres acompañarme?

—¿Adónde vas?

—Sígueme y lo sabrás.

Ermyne salió al comedor y cerró cuidadosamente a sus espaldas. De repente, se detuvo y miró al joven con firmeza.

—A ti te ocurre algo, Venno —dijo.

—¿Físico y psíquico? —preguntó él de buen humor.

—Yo diría más bien físico, aunque derivado de un trabajo excesivo de la mente. No tienes buena cara, te lo digo con sinceridad.

—Demasiadas preocupaciones —se quejó Sthall—. Pero todo pasará, créeme.

—Así lo deseo. Bien, ¿por qué no me guías... al lugar adonde me quieres llevar?

Kyffer agarró la mano de la joven y juntos descendieron hasta el gran vestíbulo, desde el que salieron fuera del edificio. Los jardines estaban iluminados por lámparas disimuladas entre la vegetación, lo que producía un singular efecto de país encantado.

Al fondo se entreveía un edificio de planta cúbica, rematado por una cúpula semiesférica. Al llegar a las inmediaciones, Ermyne divisó lo que parecía una caseta destinada a guardar aperos de jardinería, situada a muy pocos pasos del edificio cuadrado.

Sthall abrió la puerta, que no estaba cerrada con llave.

—Propulsores individuales —dijo.

—¿Para que los quieren, si nunca se mueven de aquí? —se extrañó Ermyne.

—Bueno, harán excursiones... recreativas... Sigamos, esto no tiene ahora mucha importancia.

El presunto Venno se detuvo ante la puerta del gran edificio y apoyó la mano en el brillante metal de que estaba construido. La puerta se deslizó inmediatamente a un lado, sin hacer el menor ruido.

Las luces del interior se encendieron en el acto. Ermyne contempló atónita el singular espectáculo que se apreciaba al otro lado de la puerta.

—¿Qué es esto, Venno?

—El cerebro de la Confederación.

Ella creyó comprender.

—Un ordenador.

—Con billones de datos que permiten saber a los Hipercónsules en el acto lo que pasa en el más alejado rincón de su imperio, además de estudiar, elaborar y ordenar la ejecución de planes de conquista. Este ordenador es el resultado de años y años de almacenamiento de datos,

de tal forma, que puede decirse que hasta la más pequeña hoja de árbol de cualquier planeta está perfectamente controlada.

—Jamás hubiera imaginado una cosa semejante, Venno —confesó Ermyne.

—Pues deberlas haberte figurado algo por el estilo, cuando se te propuso para almirante. Disculpa la franqueza, pero no lo hicieron por tu linda cara, ¿verdad?

Ermyne se mordió los labios.

—El ordenador estimó que poseía las características necesarias para el cargo —respondió.

—Porque, a base de comparación y estudio de datos personales tuyos, junto con exámenes psicológicos, de alguno de los cuales no tienes noticia siquiera, elaboraron un futuro cara ti... que era también un futuro para ellos, es decir, los Hipercónsules.

—Y el ordenador no comete errores —suspiró ella.

—Sí, cometió uno, muy grande —contradijo Sthall.

—¿Cuál, por favor?

Kyffer se volvió lentamente hacia Ermyne.

—No supo predecir nuestro encuentro —respondió.

Sobrevino una corta pausa de silencio. Luego, Ermyne formuló una pregunta:

—Y ahora, ¿qué piensas hacer, Venno?

—Estoy en tus manos —dijo él—. Por tanto, no me importa decirte que voy a destruir el ordenador.

—¿Volándolo con explosivos?

Sthall sonrió.

—Hay un procedimiento mucho más sencillo... y nada ruidoso —contestó—. Aguarda un momento, por favor.

Salió fuera y volvió a los pocos instantes con algo en la mano cerrada. Ermyne le miraba con curiosidad.

—Si el ordenador se avería y deja de funcionar, el imperio se derrumbará —profetizó.

—Las máquinas se pueden reparar y construir de nuevo. Pero todavía no se ha descubierto el modo de resucitar a los muertos —arguyó Sthall gravemente.

Acercándose a la enorme máquina, que ocupaba casi por completo el interior del recinto, examinó uno de sus paneles durante algunos segundos. De pronto, alargó la mano izquierda, presionó una tecla y abrió una compuerta que no media más de cuarenta centímetros de lado.

Estudió el interior muy brevemente. Luego alargó el brazo y lanzó a través del hueco el contenido de su mano, que movió rápidamente a derecha e izquierda.

—¿Qué has hecho ahí? —se asombró Ermyne.

—Tierra —sonrió Sthall—. He echado un puñado de tierra de la que abunda por los senderos del parque. Hay algunas piedrecitas, pero la mayor parte es arena muy fina.

—Eres muy generoso —dijo ella irónicamente—. Suele decirse que un simple granito de arena detiene la máquina más perfecta, pero tú has echado varios millares.

—Resulta barato —contestó «Venno» con jovial acento—. Y menos ruidoso que una bomba.

—De la cual no dispones, ciertamente.

—Luego, sí.

Sthall cerró el panel nuevamente y salió fuera, seguido de la joven. La puerta volvió a su primitiva posición.

—Hay algo que me extraña sobremanera —manifestó Ermyne—. ¿Cómo es posible que no haya vigilancia en un lugar tan importante?

—La hay, pero está por fuera, en el exterior del circo montañoso que rodea a Haraddan. Una inexpugnable cadena de tropas y armas de todas clases, que abatirían de inmediato a todo aparato que quisiera entrar sin permiso. El nuestro lo tenía y... —Sthall levantó la vista al cielo y señaló unas chispitas de luz que se movían en las alturas—. Y también esa nave que llega ahora, con mercancías procedentes del almacén de Nahr, entre las cuales hay explosivos que yo había encargado y que, espero, no tendré ocasión de utilizar.

Meneó la cabeza y añadió:

—Su inmenso poderío les ha hecho demasiado confiados, demasiado orgullosos para que alguien pueda conspirar contra ellos con un mínimo de posibilidades de éxito.

—En resumen, la confianza les ha transformado en Ídolos con pies de barro —opinó Ermyne.

—Una comparación de absoluta exactitud —respondió Sthall.

*

En alguna parte, sonaban risas y voces alegres. Desde la ventana de su alojamiento, Sthall contempló el espectáculo que se ofrecía en el parque, en donde algunas de las mujeres que habían viajado con ellos correteaban desnudas en las inmediaciones del gran estanque, perseguidas por varios hombres de diversa apariencia. Había uno alto y esquelético, otro gordo y barrigón, un tercero con las piernas ridículamente delgadas y completamente calvo...

—Ahí están —murmuró—. Tan terribles, dueños de la vida y de la muerte de millones de personas, señores de la guerra, incendiarios de planetas... y se divierten como chiquillos. Si el pueblo lo supiera, los colgaría de la rama más alta de un árbol.

Dea, en cambio, se había comportado con más mesura al despertar

por la mañana. Sthall había regresado a su dormitorio, sentándose en un diván, a esperar a que ella volviese a la vida, tras el sueño producido por el narcótico que le había administrado con el vino después de la cena.

La mujer se había sentido muy satisfecha de lo que había creído una noche de pasión. El presunto Yuli, fingiendo fatiga, le había dicho que se retiraba a su alojamiento, aunque prometiéndole regresar a la noche.

—O cuando tú me reclames —se había despedido, tirándole un beso desde la puerta.

Si Dea llegaba a sospechar la verdad... Hizo una mueca. No tendría tiempo de saberlo. Pero se sentía insatisfecho. No había culminado la misión, aunque la tierra arrojada en los delicados mecanismos del ordenador causaría gravísimos per juicios a la Confederación. Podía decirse que la máquina estaba fuera de uso, lo que significaba suspensión de toda clase de comunicaciones con las flotas de combate, con los gobernadores de los distintos planetas, con los altos cargos de la administración civil... Sería el caos, Pero el Hiperconsulado podía sobrevivir a la crisis y reorganizarse con el tiempo suficiente para que todo volviera a ser como antes.

Era preciso destruir a los miembros de aquel tiránico gobierno. El arresto y el sometimiento a un juicio quedaban completamente descartados. ¿Quién querría formar parte de un tribunal, suponiendo que tal idea pudiera llevarse a cabo?

Y también había que destruir definitivamente el ordenador, porque tarde o temprano alguien conseguirla repararlo y ponerlo en funcionamiento. Pero, ¿cómo aniquilarlo?

Durante unos momentos, contempló el maletín que, supuestamente, contenía perfumes que era el regalo que había anunciado haría a Dea. Los frascos que había en su interior eran, en realidad, potentísimas bombas de tipo paranuclear, lógicamente, no radioactivas. Cada frasco equivalía a un millar de toneladas de dinamita.

—Y hay doce —murmuró.

Suficiente para borrar del mapa a la península donde residían los Hipercónsules. Pero, había que evitar el riesgo de fracasar.

Además, había personas inocentes, que no eran en modo alguno culpables de los crímenes cometidos por los miembros del Hiperconsulado. Debía salvar a las chicas traídas hasta Haraddan. Pero, ¿cómo?

La puerta de la estancia se abrió repentinamente. Dea dio un par de pasos y le miró con expresión de mal contenida furia.

—¿Puedes decirme cuál es tu verdadero nombre, espía? —preguntó.

Sthall se quedó atónito al oír aquellas palabras. Antes de que pudiera encontrar la respuesta adecuada, un hombre surgió detrás de la Hipercónsul y entonces sintió un frío glacial en la espalda.

Porque aquel individuo, en cuyos labios se dibujaba una sonrisa de perversa satisfacción, era Venno Rutte, el mismo que él había suplantado durante todo el tiempo.

# CAPITULO XI

Sthall hizo un esfuerzo para recobrar la serenidad.

—¿Por qué me preguntas eso? —exclamó—. Yo soy…

—No eres Yuli «nosecuántos», el seudónimo que empleaste para llegar hasta Haraddan, después de haber desempeñado el papel del capitán Rutte durante muchas semanas —cortó Dea—. Este es el auténtico Rutte, y yo quiero saber cuál es tu verdadera identidad.

—¿Y cómo sabes que él es Rutte y yo no? ¿Y si se ha operado para parecerse a mí y ocupar mi puesto?

Dea sonrió desdeñosamente.

—Capitán… —dijo lacónica.

Rutte cruzó el dormitorio, entró en el baño y arrancó el espejo que había en el baño sobre el lavabo.

—Sin duda —continuó ella—, no te has mirado esta mañana al lavarte la cara, ¿verdad?

Rutte se situó frente a Kyffer, manteniendo el espejo delante de él, de modo que pudiera contemplarse sin dificultad. Al verse reflejado en el cristal azogado, Sthall sufrió un terrible estremecimiento.

—¿Cómo es posible…? —murmuró sin poder contenerse.

El rostro que le miraba desde el espejo era el suyo propio, aunque con la epidermis ligeramente tostada, debido al tinte aplicado en Darah. Pero no se parecía en nada al hombre que había suplantado durante largas semanas.

Rutte levantó el espejo bruscamente, como si fuera a rompérselo en la cabeza, pero Dea le contuvo con una seca orden:

—¡Quieto, capitán! —dispuso—. Antes de que este hombre sufra el menor daño quiero hablar con él.

—Sí, señora —contestó Rutte.

—¿Puedo hacerle una pregunta, capitán? —solicitó Sthall.

Rutte se volvió hacia la Hipercónsul. Ella hizo un breve gesto de asentimiento.

—Hágala —dijo el oficial.

—Es inútil ya que intente mentir acerca de mi identidad. Me llamo Kyffer Sthall y pertenezco al Servicio de Inteligencia de Neapouk. Se me envió aquí para destruir el Hiperconsulado y apoderarme de las claves de comunicaciones de las distintas flotas de combate —declaró el joven tranquilamente—. Para ello, se me transformó el rostro y se me hizo conocer, bajo hipnopedia, el historial completo del capitán Rutte. Cuando éste fue al almacén del mercader Nahr, como tenía por costumbre, cada vez que la subflota de la almirante Ermyne Dagglishtone se dirigía a Darah, alguien lo narcotizó y lo envió a

Neapouk, mediante un aparato de traslación instantánea. Yo viajé a Darah por el mismo procedimiento y... Bien, explicado esto, la pregunta es: ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí?

—Muy sencillo: me escapé de Neapouk, pero no diré nada más —respondió Rutte.

La mente de Sthall funcionó con rapidez. Ciertas sospechas que había concebido en distintos momentos de la misión empezaron a tomar cuerpo, pero no quiso comentar el asunto.

—Un hombre afortunado —comentó—. Señora, soy su prisionero y me encuentro dispuesto a recibir el castigo que me sea aplicado.

Dea le miró fieramente.

—¿Se da cuenta de que su confesión le condena a muerte?

Sthall hizo un gesto de resignación.

—Seré el número cuatro de los agentes enviados por Neapouk —repuso.

—Es usted un hombre valiente, sin duda, y aunque yo le admire por eso mismo, no por ello debo dejar de cumplir mi deber. ¡Capitán!

Rutte saludó rígidamente.

—¿Señora?

—Quédese aquí y vigile al señor Sthall. Si intenta algo, dispare esa pistola que lleva en el cinturón.

—Sí, señora.

—Ahora mismo ordenaré a los criados que refuercen la puerta y pongan rejas en las ventanas de esta habitación, que servirá de calabozo para el prisionero, hasta el momento en que sea juzgado.

—No escapará —aseguró Rutte, ya con la pistola neumónica en la mano.

—Hoy mismo convocaré una reunión de urgencia de todos los Hipercónsules, a fin de debatir este asunto. Al terminar esa reunión, habremos decidido la suerte que va a correr usted, señor Sthall.

El joven miró la pistola que Rutte empuñaba firmemente.

—Una descarga a la máxima energía produce la muerte instantánea —dijo.

—Puede estar seguro de una cosa, señor Sthall —declaró Dea, envarada—. No se le hará sufrir inútilmente. Su muerte, sea cual sea el método elegido para la ejecución, será rápida y, en lo posible, indolora.

Sthall hizo una profunda reverencia.

—Desde el Más Allá agradeceré su benevolencia, señora —contestó.

Dea suspiró.

—Es una lástima. Se portó tan bien la noche pasada... —murmuró, antes de despedirse.

Sthall prefirió callar para no empeorar la situación. Dea podía

sentirse despechada, al saber que las horas de pasión sólo eran el imaginario producto de una droga y ello podía ponerle en una situación aún peor de la que sufría.

—Mil gracias, Excelencia —dijo.

*

Los robots sirvientes trabajaron rápido y eficientemente. Antes de un par de horas ya habían reforzado la puerta con una sólida plancha de acero y colocado rejas en todas las ventanas de la habitación y del baño. Rutte se quedó con la llave, una vez estuvo convencido de que el prisionero no podría escapar.

El arresto se había producido a media mañana. Al medio día, un robot le trajo algo de comida. Era una máquina con figura de mujer, muy agraciada, que podía responder perfectamente a cualquier pregunta, pero que, no obstante, actuaba como lo que en realidad era: un robot.

Las horas transcurrieron lentamente. A las siete de la tarde, otro robot le trajo la cena.

Sthall se quedó boquiabierto al reconocer a Ermyne.

—Por todos los diablos...

—Silencio —exhortó ella, mientras dejaba la bandeja sobre la mesa—. Siéntate y come. Hablaremos mientras tanto, Kyffer.

—Es de mala educación hablar con la boca llena... —sonrió él—. Ah, ya conoces mi nombre.

—Lo he oído comentar a dos de los Hipercónsules. Pero, Kyffer, tu cara no es...

—Te lo explicaré en otro momento. Tú tampoco tienes el aspecto de la joven que fue contratada para divertir a un Hipercónsul. ¿Qué has hecho Ermyne?

—Es muy sencillo. Cuando me enteré de lo que te ocurría, llamé a una de las criadas mecánicas y le ordené que me diera sus ropas. Ahora está encerrada en el armario de mi cuarto Tú mismo me diste la sustancia que borraba el tinte de mi rostro y cambié también el peinado. Hay treinta o cuarenta sirvientes femeninos... ¿Quién va a suponer que soy un ser humano auténtico?

—Eres muy lista —sonrió él—. Supongo que quieres ayudarme a salir de este mal paso, ¿verdad?

—Debiera dejar que te fusilasen —contestó ella rabiosamente—. Por ti me he convertido en una traidora...

—Sólo serás una traidora si te descubren. Si triunfamos, serás una heroína, la libertadora de todos los pueblos de la Confederación.

—Está bien, dejémonos de circunloquios que no sirven para nada. Puede que algún día te saque los ojos, pero quiero hacerlo yo

personalmente, ¿entendido?
Sthall sonrió.
—Veo que me aprecias lo suficiente para no desear mi muerte. Perfectamente, algún día podré agradecerte lo suficiente todo esto que haces por mí.
—¡Pero si todavía no he hecho nada! —exclamó la muchacha.
—A ello vamos, encanto. ¿Qué sabes de la reunión de los Hipercónsules, que va a ser, en realidad, mi juicio?
—Lo han pospuesto. Los Hipercónsules prefieren disfrutar de su semana de diversión. Saben que te tienen seguro y, cuando vuelvan a su vida normal, discutirán el tema.
—No está mal, Ermyne.
—Dea quería discutir el asunto con urgencia, pero los ocho hombres votaron en contra y ha tenido que resignarse.
—Es una lástima —suspiró Sthall—. Ahora no podrá disfrutar de mis... encantos, ni siquiera con la píldora de los sueños.
—Oh, por eso no te preocupes. Ya ha encontrado un excelente sustituto.
—¿Un robot masculino?
—No seas tonto. Mi antiguo ayudante está aquí. Es de carne y hueso, Kyffer.
El sonrió.
—Es verdad, lo había olvidado. Bien, ¿se te ha ocurrido algún plan para ayudarme a escapar?
Ermyne hizo un gesto negativo.
—Hay un par de lanchas a motor, pero, aunque atravesáramos el lago, no podríamos franquear las montañas sin el equipo adecuado. Además, al otro lado, está el cordón de vigilancia...
—Esas lanchas servirán para tus «colegas». Debemos pensar en ellas y conseguir que escapen antes de que hayamos destruido Haraddan.
La muchacha respingó.
—¿Cómo puedes decir una cosa semejante? Estás preso, sin armas...
Sthall se tocó la frente con el Índice.
—El cerebro es la mejor arma que te puedes imaginar. ¿Cenaréis todos juntos más tarde?
—Sí, dentro de una hora.
—Bien, vuelve a tu sitio y recobra la apariencia habitual. Ordénale al robot a quien has suplantado... Bueno, no hace falta que le des ninguna orden; simplemente, dile que continúe encerrado en el armario, ¿entendido?
—Sí, desde luego. ¿Qué más?
Sthall metió la mano en uno de los bolsillos de su pantalón y sacó

una cajita, que entregó a la joven.

—Mis píldoras —dijo—. Añade las tuyas en una bebida que prepararás para la ocasión. Pero no se te ocurra probar la siquiera, ¿eh?

—Las chicas si beberán...

—Luego haremos que los robots las transporten hasta las lanchas y que las lleven hasta la orilla más alejada. Despertarán mañana y se sentirán frustradas por no haber conseguido la recompensa tradicional de los Hipercónsules pero, al menos, habrán salvado la vida.

—Muy bien. ¿Nosotros?

—Escaparemos por otro método y siguiendo un rumbo distinto. Ya te lo diré cuando llegue el momento apropiado.

—Conforme, Kyffer.

Recogió la bandeja y se dispuso a salir. Al volverse, sintió una palmada en el final de la espalda y lanzó un gritito.

—Ten cuidado —dijo Sthall—. Un robot habría permanecido inmóvil en estas circunstancias.

Ermyne pareció sentirse enojada unos instantes, pero luego dirigió al joven una brillante sonrisa.

—Procuraré no olvidarlo —contestó.

Salió andando con la rigidez propia de los criados mecánicos. Desde el exterior, Rutte, que tenia la llave en una mano y la pistola en la otra, sonrió malignamente. Sin soltar la llave, se pasó la mano por el cuello en un gesto harto significativo.

Sthall se encogió de hombros.

—Veremos quién ríe el último —murmuró, una vez cerrada la puerta.

# CAPITULO XII

Cerca de las diez de la noche, Sthall oyó el ruido de la llave en la cerradura. Por si los informes de Ermyne habían resultado erróneos y venían a buscarlo para darle muerte, se armó con una silla dispuesto a defenderse a toda costa.

Tenía a mano un arma poderosísima, pero no podía usarla en aquel momento, porque también él habría muerto. Aunque, pensó en décimas de segundo, si no podía evitar la ejecución, al menos no se iría al otro mundo sin compañía.

Ermyne asomó la cabeza.

—Deja la silla —advirtió con aspereza—. ¿Piensas que vengo a matarte?

—Las precauciones nunca están de más —contestó él—. ¿Has hecho todo lo que te dije?

—Sí, desde luego. Los Hipercónsules y las chicas están drogadas y duermen como leños.

—¿Rutte?

—También ha caído —Ermyne meneó la cabeza—. Tú dijiste algo en cierta ocasión de dimitir, cuando te hacías pasar por Venno. Y probablemente él también hubiera dicho lo mismo, si no te hubieras puesto en su camino. ¿Qué le ha hecho cambiar, Kyffer?

—La ambición. Supo que podía llegar muy alto y quiso aprovechar la oportunidad.

Ermyne se encogió de hombros.

—Está en el otro bando —dijo—. Y yo he desertado...

Sthall puso una mano en su hombro y la miró penetrantemente.

—Algún día comprenderás que has hecho lo que debías —aseguró.

—Ojalá sea así, porque de lo contrario, no podría vivir a causa de los remordimientos.

—Todavía estás a tiempo. Sal, cierra con llave, déjame encerrado y toma un buen trago de vino drogado. Vuelve luego a Darah y...

Los ojos de Ermyne llamearon.

—¿Acaso crees que voy a echarme atrás? —exclamó—. Vamos, no perdamos más tiempo. Tenemos que enviar a las chicas en las canoas y es preciso hacerlo cuanto antes.

—De acuerdo. Vamos allá, encanto.

Al salir, Sthall cogió el maletín con la etiqueta de «Perfumes». Luego corrieron en busca de los criados robóticos. Al primero que se encontraron en su camino le dio una orden: —Reúne a todas las invitadas, ayudado por los demás sirvientes, y llevadlas en las lanchas a la orilla más alejada. Una vez en tierra, os alejaréis un kilómetro de

la orilla, cuando menos, buscando siempre el lugar más elevado. ¿Has en tendido?

—Sí, señor —contestó el robot.

Sthall tiró de la mano de Ermyne.

—Es más que suficiente —dijo—. ¡Corre como si en ello te fuese la vida, Ermyne!

Ella se dejó llevar sin hacer preguntas, pero empezó a comprender las intenciones del joven cuando le vio detenerse en la caseta donde se guardaban los propulsores individuales.

—No es mala idea —dijo—. Pero has olvidado las armas antiaéreas del cinturón de vigilancia exterior…

—Dependen del ordenador y no funcionarán —contestó él.

—Me parece que lo que no va a funcionar son esos propulsores individuales —sonó de pronto la voz del capitán Rutte.

*

Ermyne oyó aquellas palabras y lanzó un grito de susto. Sthall, con uno de los aparatos en las manos, giró lentamente para enfrentarse con el sujeto que había aparecido de forma tan inesperada.

Rutte sonreía torvamente.

—Le he cazado, espía —añadió.

—Supongo que querrá ejecutar una sentencia de muerte que todavía no ha sido pronunciada, ¿verdad? —inquirió Sthall, sin perder la presencia de ánimo.

—¿Puede dudarlo, señor Sthall?

—Pero… no entiendo… —exclamó Ermyne, completamente desconcertada—. El bebió también del vino drogado… Le si derrumbarse, dormido como un tronco…

—Lo simulé, que no es lo mismo —puntualizó Rutte.

—Sin duda, adivinó que el vino contenía una droga —murmuró Sthall.

—Sí, desde luego.

—Porque lo probó y tal vez encontró un gusto ligeramente distinto…

—En efecto, así fue.

De nuevo pensó Sthall en algunos sucesos que no tenían explicación lógica y que respondían enteramente a las sospechas concebidas tiempo atrás. Pero se abstuvo de expresarlo.

—Y después de matarnos, cuando los Hipercónsules hayan despertado, les informará de lo ocurrido, ¿no es así? —dijo.

—Sólo despertará uno de los nueve —respondió Rutte.

Ermyne sintió un escalofrío. Sthall tenía razón: la ambición había cegado al hombre que durante tanto tiempo le había parecido

mesurado en determinados aspectos.

—Supongo que se refiere a Dea —sonrió Sthall.

—Exacto. Le diré que usted mató a todos sus colegas y. aunque yo intervine algo tardíamente, llegué a tiempo, sin embargo, de salvarla a ella la vida. Dea es agradecida y sabrá recompensarme, no le quepa duda.

—Con un cargo de Hipercónsul, porque será preciso nombrar sustitutos, claro.

—O no, ¿quién sabe? —declaró Rutte, cínicamente—. Es posible que la convenza para que ella se quede como única jefe de gobierno y yo su hombre de confianza. De todos modos, eso no debe preocuparle; usted no podrá verlo desde el otro mundo.

Rutte alzó la mano armada. En aquel preciso instante, las luces oscilaron con violencia.

El capitán se desorientó. Sthall aprovechó la ocasión para arrojarle con todas sus fuerzas el aparato que tenía en las manos.

Se oyó un terrible chasquido. El propulsor individual había golpeado de lleno la frente de Rutte, quien se desplomó al suelo sin lanzar un solo grito.

—¡Está muerto! —gritó Ermyne.

—¿Lo lamentas?

Ella sacudió la cabeza.

—No, pero ha pasado un miedo terrible... Kyffer, ¿qué sucede? ¿Por qué fallan las luces?

—El ordenador —contestó él—. La arena empieza a hacer su trabajo. Ha tardado un poco, pero será suficiente para crear el caos durante un largo tiempo.

Para el caso de que el propulsor que había lanzado contra Rutte hubiera sufrido alguna avería, eligió otros dos. Ayudó a Ermyne a colocarse el suyo y luego se equipó él.

—Sabrás manejarlo, claro.

Ella asintió.

—No te preocupes. ¿Qué rumbo seguimos?

Sthall manejó el control de ascenso.

—Sígueme —indicó, empezando a elevarse, sin soltar el maletín que había llevado consigo en todo momento.

Ermyne voló a muy corta distancia de él, dándose cuenta de que subían al farallón situado prácticamente encima de la residencia de los Hipercónsules. Entonces creyó adivinar sus intenciones.

—¡Vas a bombardear Haraddan! —gritó, por encima de los silbidos del viento desplazado por el ascenso.

—No —contradijo él—, aunque me reservaré un «petardo» por si mi plan no da resultado.

En el cielo dos pequeños satélites daban la suficiente luz como

para ver con claridad lo que había en el suelo. El lago brillaba como un espejo de plata.

Sthall estabilizó su propulsor a unos mil quinientos metros de altura y señaló con la mano hacia abajo.

—Mira ahí, Ermyne —exclamó.

Ella bajó la vista. Entonces comprendió del todo las intenciones de su acompañante.

La grieta abierta a todo lo largo de la meseta que coronaba el farallón estaba justo en la vertical bajo ellos. Ermyne, a pesar de todo, sintió ciertas dudas.

—¿Dará resultado, Kyffer?

—Guardaré una bomba como reserva. Será suficiente para destruir Haraddan, por completo, pero preferiría borrar del mapa este lugar de ignominia —respondió Sthall.

Abrió el maletín y sacó el primer frasco que, supuestamente contenía perfume. Hizo girar el tapón roscado media vuelta y luego lo dejó caer hacia abajo. Inmediatamente reanudó un ascenso, con una velocidad más bien moderada.

Cincuenta metros más adelante lanzó el segundo proyectil. Los siguientes fueron arrojados con un intervalo regular, aunque la primera explosión se produjo antes de que hubiese concluido la tarea.

Un colosal relámpago brilló en el oscuro fondo de la grieta, a más de trescientos metros de la meseta. La detonación les hizo creer que el planeta se iba a romper en mil pedazos.

Las explosiones se sucedieron con muy escasos intervalos de tiempo. Ermyne contenía el aliento, aguardando anhelantemente el resultado de la operación.

De repente, cuando Sthall había lanzado ya ocho de las bombas paranucleares, resonó un espantoso crujido.

El farallón empezó a desplomarse, girando sobre su base como la hoja de un libro de incalculables dimensiones. La tierra crujía y se estremecía horriblemente, sacudida por aquel terremoto artificial.

Una masa de miles de millones de toneladas se abatió sobre la fortaleza del Hiperconsulado con estruendo semejante al de un infinito número de piezas de artillería disparadas al mismo tiempo. A fin de aumentar los efectos de la explosión, Kyffer lanzó de golpe las cuatro bombas restantes.

—¡Ahora, arriba, Ermyne! —gritó.

Ascendieron velozmente para escapar a la humareda provocada por las explosiones, así como para librarse de las sacudidas de una atmósfera, violentamente agitada. Todo el farallón, en una explosión de unos dos mil metros, se derrumbó sobre la península y el lago.

La caída de aquella ingente mole provocó una enorme ola, que se alejó con rapidez hacia la orilla opuesta, situada a unos veinte

kilómetros. Durante largo rato, las aguas se movieron tempestuosamente, agitadas por el derrumbamiento y hubo de pasar un tiempo muy largo antes de que recobrasen su calma habitual.

Pero el paisaje, en aquel lugar, había cambiado espectacularmente. La zona resultaría irreconocible para quienes la habían visto antes. Y debajo de ingente amontonamiento de escombros, ya no quedaba el menor signo de nada.

—Ni humana ni mecánica —murmuró Sthall, pensando en el ordenador que había sido aplastado por el farallón derrumbado.

*

Ermyne nadaba perezosamente en el lago, mientras, situado en una roca, a unos tres o cuatro metros de la superficie, Sthall se entretenía arrojando piedrecitas al agua. Ella asomó de pronto la cabeza y le miró sonriendo.

—Kyffer, ¿se puede saber a qué esperamos? —exclamó—. ¿Por qué no nos vamos adonde... adonde sea?

—Ten paciencia —pidió él—. Si mis sospechas se convierten en realidad, no tardaremos mucho en irnos de aquí. Por cierto, ¿te gustaría vivir en Nhuggin?

—¿Allí? —se sorprendió ella—. ¿Qué tiene Nhuggin de particular?

—Paz, tranquilidad, amistad, gente hospitalaria... y un jefe amigo.

—No está mal pensado, Kyffer. Sí, creo que me gustará vivir allí, pero, ¿cuándo iremos?

—No tengas prisa —insistió él.

Ella salió del agua a los pocos momentos, esplendorosamente hermosa en su desnudez de diosa pagana, y empezó a secarse tras unos arbustos. Por tanto, no pudo ver al hombre que se acercaba con paso mesurado al lugar donde se hallaba Sthall.

—Hola, Kyffer —saludó el hombre—. Felicidades. Has hecho una buena tarea.

—¿Verdad que sí, jefe? —sonrió el joven, sin volver la cabeza siquiera.

—Se te recompensará espléndidamente. ¿Qué te parecería un año de vacaciones, con todo el sueldo, más una gratificación de igual cuantía, como premio por tu labor? Puedes marcharte adonde quieras...

—Y usted, claro, se quedará aquí.

—Debo de hacerlo. Es mi obligación, ya que es preciso liquidar los restos del Hiperconsulado. Alguien tendrá que ocuparse del gobierno.

—Usted, por ejemplo.

Sobrevino una pausa de silencio. Luego, Eshner Brank, con acento dolido, replicó:

—Kyffer, ¿cómo puedes pensar de mí una cosa semejante? Siempre fui un leal servidor de Neapouk...

—Lo fue mientras le convino, mientras vio que no tenía posibilidades. Pero en cuanto presintió que podían realizarse los planes ideados y esperados durante años, se lanzó a fondo.

—Me acusas injustamente —protestó Brank.

—El capitán Rutte no hubiera podido escapar, si alguien no le hubiese ayudado. Sólo podía hacerlo una persona, usted. ¿Por qué envió a otra agente femenina para ocupar el puesto de la almirante, sin avisarme? ¿Era una especie de carta de reserva?

—Kyffer, te diré una cosa: la auténtica almirante sigue en su puesto. La joven que te ha ayudado es la joven que yo te envié, y te aseguro que lo hice con la mejor intención del mundo.

—¿De veras? Entonces, ¿por qué me engañó, diciéndome que había operado el rostro, para que me pareciese al capitán Rutte? Pero no hubo tal operación; simplemente, se modelaron mis facciones con alguna sustancia, cuya composición desconozco, pero que luego, con el tiempo, desaparecía por sí misma, dejando ver mi verdadera cara. De este modo, en determinado momento, se sabría que yo no era Rutte... como así sucedió, cuando usted, habiendo calculado el tiempo a la perfección, lo soltó para que me desenmascarase.

—Kyffer, ¿por qué habría de hacer yo una cosa así? —preguntó Brank.

—Estaba de acuerdo con Dea, la Hipercónsul número ocho. Encontré documentos comprometedores en su dormitorio. Ambos iban a quedarse con el gobierno de la Confederación, aunque hubo un momento que yo pensé que ella ha-ría pareja con Rutte. Una jugada magnifica, Eshner: usted y Dea, dueños del imperio, con un inmenso poder y un ordenador que les haría saber en cualquier momento el menor detalle adverso. Bien, ya no existen los Hipercónsules, y el ordenador está debajo de algo así como un billón de toneladas de roca. Siento haberle estropeado sus planes, pero, como comprenderá, no me jugué el pellejo para derrocar una tiranía y permitir luego que fuese sustituida por otra todavía peor.

—Kyffer, ¿podrás demostrarlo en alguna parte?

—No será necesario, porque no habrá ningún juicio. Ah, la joven que me acompaña es la auténtica almirante. Comprendió dónde estaba su deber y se unió a mí para destruir el tiránico Gobierno de los Hipercónsules.

—Ella si se sometió a la operación quirúrgica. Nunca variarán sus facciones, excepto por la edad, claro.

—Se equivoca, jefe. Cuando la almirante y yo estuvimos vagando por las selvas de Nhuggin, tuve ocasión de verla desnuda. La otra no había llegado todavía. ¿Sabía usted que Ermyne tiene un pequeño

lunar en la espalda, un poco más abajo de la cintura y hacia el lado izquierdo? ¿Reprodujeron ese lunar en la agente?

Brank se puso rígido. Lentamente, sacó una pistola neumónica y apuntó con ella al joven, que continuaba sentado en la misma postura.

Ermyne había oído voces y se asomó por encima de los arbustos. Al ver el gesto de Brank, sintió que se le detenía el corazón.

—Kyffer, voy a matarte —anunció Brank con voz neutra.

—No puede consentir que repita a otros lo que acabo de decirle, ¿eh?

—En efecto. No lo repetirás...

—Jefe, ¿ha quitado el seguro de la pistola?

Brank bajó la vista un instante. En el mismo momento. Sthall se echó hacia atrás, alargó los brazos por encima de su cabeza y asió los dos tobillos del otro. Inmediatamente pegó un tremendo tirón y Brank salió volando por los aires, a la vez que emitía un agudo chillido de rabia El agua estaba a menos de cuatro metros. Cuando se sumergía, algo produjo un espantoso borboteo, seguido de una espesa nube de vapor.

Sthall se puso en pie. Ermyne corrió hacia él.

—¡Kyffer! —gritó angustiadamente.

El joven sonrió, pasando su brazo por la cintura de Ermyne.

—No temas, todo ha terminado ya —dijo.

Ella tenía fija la vista en el agua que hervía al pie de la roca.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Brank llevaba demasiado tiempo en un puesto burocrático. En algunos aspectos, su mente, y no digamos sus músculos, se habían reblandecido. No me fue difícil lanzarlo al lago... y él por su parte, había olvidado que no se puede disparar una pistola neumónica desde el agua. La descarga produce una elevación instantánea de la temperatura en un radio de seis u ocho metros. El agua hierve en menos de un segundo...

Un cuerpo humano emergió de pronto, flotando boca abajo. La piel que los ropajes dejaban al descubierto aparecía roja como el caparazón de una langosta.

Ermyne apartó la vista, para no contemplar aquel horrible espectáculo.

—Kyffer, ¿era cierto todo lo que dijiste de él? —preguntó.

—Si no lo hubiera sido, ¿por qué quería matarme?

Ella asintió en silencio. Luego, repentinamente, exclamó:

—¡ Pero yo no tengo un lunar en la espalda!

Sthall se echó a reír.

—El no lo sabía —contestó.

—De acuerdo, pero ahora tú no sabrás nunca si yo soy la

verdadera almirante o su doble.

—Estás equivocada. Eres la auténtica Ermyne.

—¿Cómo puedes asegurarlo…?

Sthall la atrajo hacia su pecho.

—Por tu forma de besar. Es la misma que conocí en Nhuggin. A la otra no la besé nunca y…

Ermyne lanzó una alegre carcajada.

—Astuto individuo —le apostrofó cariñosamente—. ¿Cuándo partimos hacia Nhuggin?

**FIN**